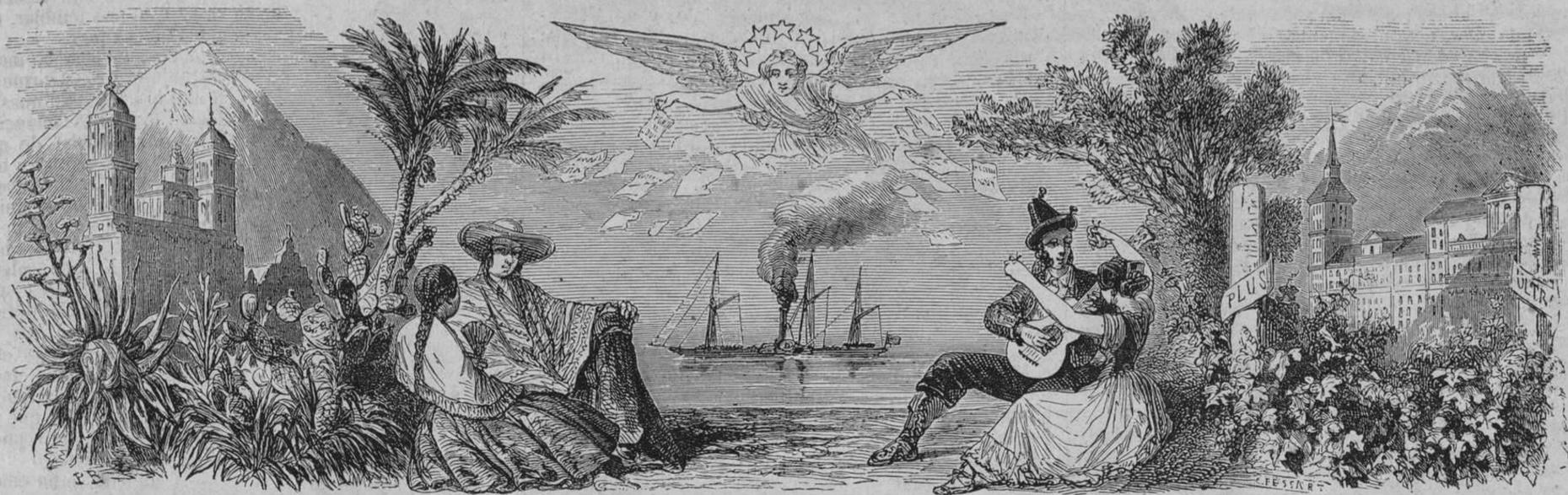


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 582.

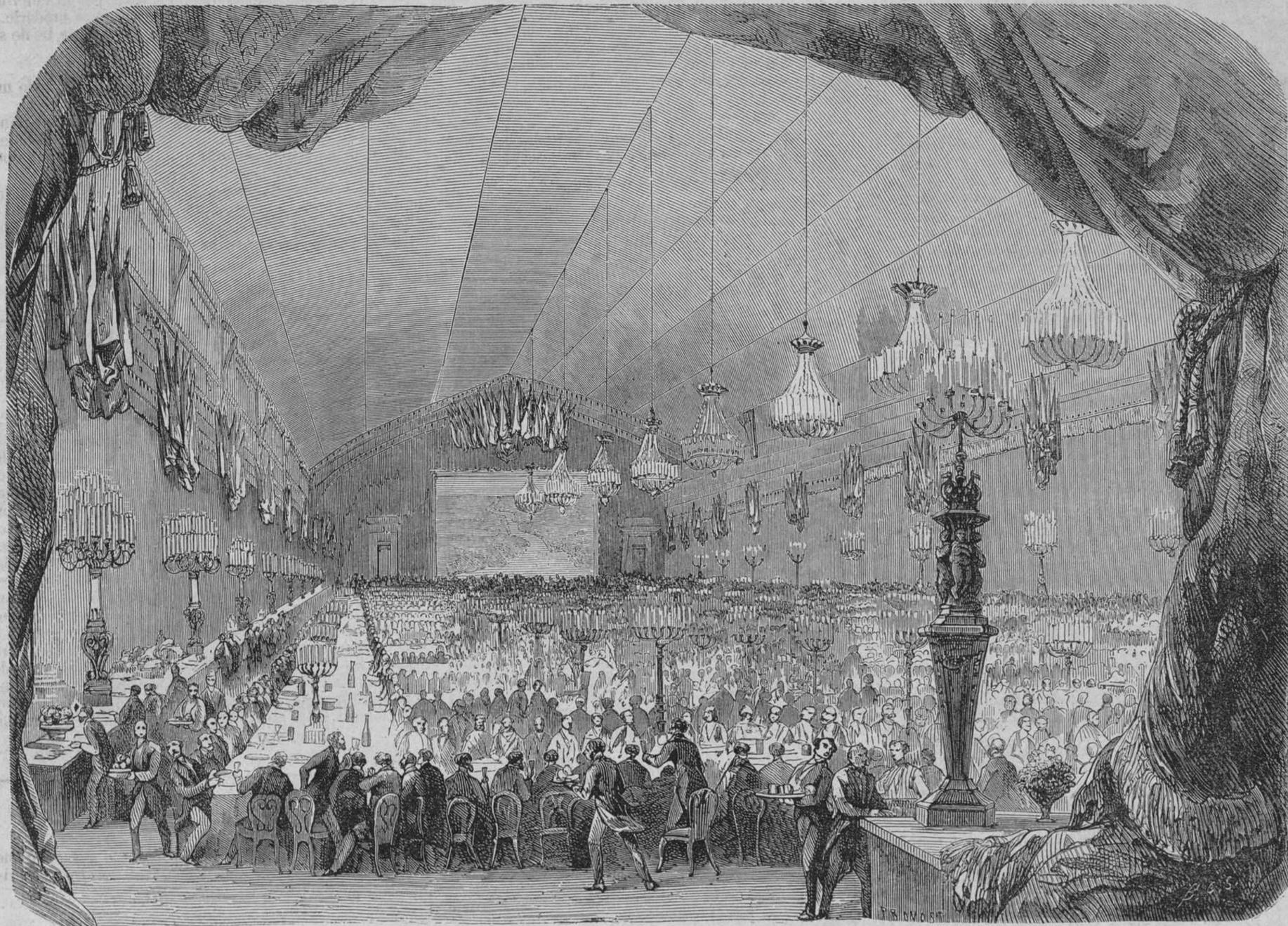
SUMARIO.

Banquete del istmo de Suez; grabado. — El Hombre-cuestion. — Las mujeres de nuestro siglo. — Expedicion al interior de Méjico; grabados. — Revista de París. — Reseña histórica del templo de la Compañía en Santiago de Chile. — Sleswig-Holstein; grabados. — Paris y

Londres en 1793. — Verídica historia del señor Crip-tógamo Papanatas; grabados. — El corredor de playa. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — La duquesa de Parma; grabado. — Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile; grabado. — Accidente en el ferro-carril del Norte cerca de Arras; grabado.

Banquete del istmo de Suez.

El 11 de febrero ha tenido lugar en Paris, bajo la presidencia de S. A. I. el principe Napoleon, y la vicepresidencia del almirante Jurien de la Graviere, ayudante de campo del emperador, el banquete ofrecido por los accionistas de la compañía del canal marítimo de Suez y las personas simpáticas a esta grande empresa, a



Banquete de la compañía del istmo de Suez en el palacio de la Industria.

M. Fernando de Lesseps y al consejo de administracion de la compañía.

El objeto de esta reunion era celebrar á un tiempo la llegada de las aguas del Nilo á Suez, y el establecimiento de una primera comunicacion directa entre el Mediterraneo y el mar Rojo.

El ministro de la casa del emperador se habia dignado poner á disposicion de la comision organizadora del banquete algunos salones del palacio de la Industria, y en uno de ellos, magnificamente adornado con este objeto, y presentando en uno de sus extremos, en forma de decoracion, una inmensa vista en panorama del canal de Suez, ocuparon sus asientos á las siete mas de mil y quinientas personas.

Se distinguian entre los convidados, además de los accionistas de la compañía que componian la mayor parte, varios senadores, diputados, consejeros de Estado, generales de guerra y marina, altos funcionarios públicos, etc., los cuales habian deseado manifestar con su presencia el interés que merece la ejecucion de una empresa debida á la iniciativa francesa, y protestar contra los obstaculos interesados que la compañía marítima universal del canal encuentra cuanto mas se acerca á la realizacion de su obra.

Despues de un primer brindis al emperador pronunciado por M. Milleseaux, antiguo negociante, brindis aplaudido con entusiasmo, S. A. I. el principe Napoleon tomó la palabra, y en un discurso frecuentemente interrumpido con enérgicas aclamaciones, el principe recordó á grandes rasgos todas las fases que ha cruzado la compañía desde su origen. Su Alteza Imperial habló con entusiasmo y patriotismo, por una parte, para patentizar la inagotable honra que la ejecucion del canal de Suez dara á la Francia, y por otra parte, para juzgar severamente la politica egoista siempre del gobierno inglés, que el principe ha cuidado constantemente de separar de la nacion inglesa. Dijo que esta politica ha sido con sus intrigas y sus tenebrosas influencias el alma constante de las conspiraciones urdidas, y que se traman aun contra la empresa del canal.

Los derechos de la compañía no habian encontrado nunca un defensor mas lógico, mas ardiente ni mas convencido, de modo que las últimas palabras de S. A. I. el principe Napoleon fueron recibidas con tres salvas de aplausos.

M. Fernando de Lesseps, con idea sin duda de no disminuir el efecto del discurso que acababa de oírse, y que habia correspondido tan exactamente á los sentimientos de la reunion, y con la idea además de no prolongar demasiado el banquete que habia podido protegerse bastante contra el frio, despues de una breve alocucion, y en medio de unánimes aplausos, brindó por el principe Napoleon.

Finalmente, M. Dupin, procurador general imperial del tribunal de casacion, sancionó, con la autoridad de su posicion y de su elocuencia, la esperanza de que la empresa del canal de Suez no podia menos de llevarse á cabo, siendo para el mundo entero un gran servicio, y para nuestro pais una inmarcesible gloria.

Algunas ciudades de provincia estaban representadas por delegaciones de accionistas, otras habian enviado manifestaciones con numerosas firmas, y finalmente, en los dos dias que precedieron al banquete, no se pudo acceder á la admision en el mismo de mas de seiscientos suscritores por falta de sitio. L. P.

El Hombre-cuestion.

FERNANDO DE LESSEPS.

(Conclusion. — Véase el número 581.)

V.

Dejemos á M. F. de Lesseps sobre su istmo como sobre un caballo de batalla, y hagamos una excursion al pasado para retratar al antiguo diplomático, que quizá ha sido olvidado muy pronto. Por su parte tambien desde que se ha consagrado á su empresa, parece no haber conservado el recuerdo de lo que ha sido en otro tiempo. No queremos celebrar aqui el hombre político; y vamos á limitarnos á destacar de su larga carrera algunos de esos rasgos que nos darán á conocer su caracter.

En 1842 M. de Lesseps era cónsul en Barcelona cuando el partido que queria derrocar la regencia de Espartero apeló á las armas. Durante aquella larga y terrible lucha, se vió á M. de Lesseps correr al través de las bombas y las balas ya para socorrer á los heridos, ya para contener la efusion de sangre. Despues del combate, la ciudad tuvo que sufrir el horror de un bombardeo, y entonces no se contenta con poner á salvo los intereses de sus nacionales, sino que con su prontitud de costumbre fleta buques del puerto, y á bordo de esos buques, franceses, extranjeros de todos los paises y españoles de los que podian temer represalias, todos indistintamente encuentran un asilo seguro é inviolable.

Esto habia pasado á la luz del sol, y todos habian presenciado la conducta de M. de Lesseps. No se hicieron esperar los honores.

El tribunal de comercio de Marsella le vota una manifestacion dándole las gracias, y en Barcelona los franceses hacen acuñar una medalla de oro conmemorativa. El tribunal de comercio le otorga elogios públi-

cos, y adorna con su busto la sala donde celebra sus reuniones. Al mismo tiempo casi todos los gobiernos de Europa le confieren las insignias de sus órdenes.

De este modo, M. F. de Lesseps mostraria, si quisiera, una coleccion de cruces en su pecho, que haria estremecer en el fondo de su tumba al mariscal Castellane. Pero en este punto su modestia recuerda la de Arago.

En 1834 la peste destrozaba el Egipto, y en Alejandria tenia su foco en el barrio de los judios. Rodeado de un cordon sanitario que prohibia la entrada y la salida, este barrio se veia presa de todos los rigores de la plaga.

M. de Lesseps, cónsul de Francia, no pudo soportar la idea de la suerte reservada á esos infelices abandonados, y una mañana, armado con la bandera tricolor y acompañado de dos médicos que habia conquistado para que le siguieran, se presenta al comandante del cordon sanitario.

— No se pasa, le dijo el oficial.

— Con la bandera de la Francia se pasa por todas partes, respondió M. de Lesseps.

— Si entráis no volvereis á salir...

— No pido la salida sino la entrada.

Tanta firmeza induce al oficial á dejarle paso franco. Un espectáculo horrible esperaba allí á M. de Lesseps.

Por do quiera en las angostas calles, en las sórdidas habitaciones de aquel barrio populoso y encajonado, habia sobre montones de basura cadáveres desnudos esperando la sepultura; por do quiera se veian moribundos en camas miserables y cubiertos de harapos. Aquí y acullá aparecian como espectros hombres, mujeres y chicos dominados por el terror. Y sobre aquellos muertos, al través de aquellos moribundos, hombres vigorosos, ágiles, con el rostro avinado y risa salvaje, corren, saltan de una casa á otra, roban, saquean, sin esperar que la muerte haya enfriado los cuerpos que despojan.

La presencia de M. de Lesseps hace que se oculten los bandidos y reanima á todo el mundo.

Organiza una policia, manda enterrar á los muertos, limpiar las calles y ventilar las habitaciones.

Y al mismo tiempo va de casa en casa visitando los enfermos, tranquilizándolos y cuidándolos por sus propias manos.

Cuando ha desaparecido todo peligro y ha sido levantado el cordon sanitario, M. de Lesseps sale del barrio de los judios, pero solo, pues los dos médicos habian sucumbido de la peste.

Es una bella accion que un hombre, de los que mejor conocen el pasado de M. de Lesseps, contaba ante varios personajes.

Al oír este relato, esa expresión de extrañeza que raya casi en la incredulidad, parecia pintarse en todos los rostros.

— El hecho es exactísimo, señores, dijo de repente uno de los oyentes. Cuando M. de Lesseps forzó el cordon sanitario para llevar socorros á los judios, yo estaba en Alejandria.

¿Quién pronunciaba estas palabras? Un alto dignatario del cuerpo de marina, el contra-almirante Suin. M. de Lesseps volvia de Siria. En aquel tiempo no se viajaba aun del Mediterraneo á Paris por camino de hierro. En Marsella toma el correo, que no tenia mas que dos asientos de berlina.

En la misma noche cae un caballo, y el carruaje se detiene. M. de Lesseps se apea inmediatamente; ve al postillon forcejeando por salir de debajo del caballo que se levanta, y no tarda en reconocer que el pobre mozo se ha roto la pierna.

¿Qué hacer en aquel apuro, en medio de la noche, lejos de toda habitacion?

¿Qué hacer? M. de Lesseps jamás se ha dirigido esta pregunta.

Pide cortésmente á su compañero de viaje que salga de la berlina, para instalar en ella lo mejor posible al herido, y cuando se hizo así, el segundo viajero se resignó á acomodarse como pudo en el pescante.

Por lo que hace á M. de Lesseps, montó el caballo del postillon, tomó el látigo y llevó el cochecillo al galope hasta la primera casa de postas.

« Cuando se han contado tales acciones, dice el conde de Maistre, es preciso callar, pues no hay modo de elogiarlas suficientemente.

VI.

M. de Lesseps conoce mucho el Oriente, y conoce sobre todo el Egipto, donde ha permanecido en calidad de cónsul, ya en el Cairo, ya en Alejandria. Hasta llama la atencion esta circunstancia tratándose de un pais que un dia debia regenerar y civilizar, pues en efecto, la regeneracion y la civilizacion del Egipto tendrán por fecha la abertura del istmo de Suez.

M. de Lesseps se habia despedido de la diplomacia, « terreno resbaladizo en que él habia resbalado, » segun su dicho, y vivia retirado haciendo la dulce vida de la familia. ¿Es posible figurarse á este hombre devorado por la actividad, encerrado en circulo tan limitado?... Quizá meditaba en los inconvenientes de la diplomacia con sus intrigas, que tan mal se adaptaban á la franqueza de su caracter, cuando Mohammed-Said, á quien habia conocido muy joven, le llamó á su lado cuando su advenimiento á virey de Egipto.

M. de Lesseps salió para Alejandria.

¿Cómo se le ocurrió la idea del canal?

Atravesaba con Said-baja el desierto de Libia, y el

virey, pensando constantemente en los medios de fertilizar y enriquecer el Egipto, daba un vano tormento á su mente.

— ¡El único medio es abrir el istmo! dijo de repente M. de Lesseps.

Al punto esta magnífica idea se apodera de su espíritu, y va tomando cuerpo erizada de dificultades que no hacen mas que acrecentar en él la ambicion de realizarla. Desde aquel dia no tiene ya otra preocupacion, y trabaja sin descanso para plantear la empresa. Proyectos, informes, presupuestos, planos, mapas, publicaciones en Francia y en el extranjero, viajes de un continente á otro, se ocupa de todo, lo hace todo.

Al instante ve asomar la oposicion que no podia menos de surgir en Inglaterra; pero firme en su resolucion, se dispuso á contrarestarla de todas maneras.

Muy luego, efectivamente, se produjeron las objeciones, ó mejor dicho, los pretextos.

El canal era una utopia, un sueño de Fausto.

La abertura del istmo tenia un objeto político.

¿Quién lo creeria? A la mitad del siglo XIX se resucitó aquella antigua opinion del mas alto nivel del mar Rojo. El mar de las Indias iba á entrar en el Mediterraneo é inundaria todo su litoral.

Luego supusieron que la zanja del canal se cegaria en breve con las arenas movedizas del desierto.

El mar Rojo era inaccesible á la navegacion por medio del vapor.

La bahía de Pelusa era inaccesible.

En fin, las objeciones de lord Palmerston eran inagotables; pero M. de Lesseps supo combatir ó burlar las influencias, las maniobras, las presiones y las maquinaciones. Al mismo tiempo organizaba y marchaba adelante, y cuando se trata de formar una sociedad, de constituir un capital, la Francia sola suministra mas de 20,000 suscritores.

Hé aqui el cuadro de estas suscripciones, y su composicion prueba hasta qué punto la abertura del istmo correspondia á los instintos de todas las clases en Francia.

Suscritores franceses.

Cuerpos de puentes y calzadas.	249
Magistratura.	267
Banqueros y agentes de cambio.	369
Médicos.	433
Institutores y profesores.	434
Clero.	480
Notarios, abogados y procuradores.	819
Artesanos y mecánicos.	910
Ejército y marina.	973
Altos funcionarios públicos y administradores.	1,309
Empleados.	2,195
Comerciantes é industriales.	4,763
Propietarios y renteros.	6,929
Suscritores no clasificados.	1,099
	21,229

M. de Lesseps habia alcanzado sus fines y aprovecha el tiempo.

Hé aqui lo que pasaba en Egipto el 25 de abril de 1859.

Sobre la playa y en el punto designado para la desembocadura del canal, se encontraban que habian llegado al mismo tiempo la comision delegada por el consejo de administracion, bajo la presidencia de M. de Lesseps, los ingenieros, el médico mayor, el personal de empleados de toda clase, los operarios y los marinos.

Se desplegó la bandera egipcia, y M. de Lesseps pronunció estas palabras:

« En nombre de la Compañía universal del canal marítimo de Suez, y en virtud de las decisiones de su consejo de administracion, vamos á dar la primera azadonada sobre el terreno que abrirá el acceso del Oriente al comercio y á la civilizacion del Occidente... »

Y dió aquella primera azadonada que resonó en el mundo entero.

Desde el dia de esta solemne inauguracion, asistimos á un espectáculo único: la lucha de un simple particular contra uno de los gobiernos mas poderosos de la Europa. Esta lucha no carece de grandeza, y M. de Lesseps, que la sostiene tan valerosamente, no es un hombre vulgar. ¿Cómo no seguirle con interés en esa lucha de gigante en que le vemos ya evitar un lazo y flanquear una emboscada, ya romper ó salvar un obstáculo, ya en fin, hacer pedazos las barras con que intentan paralizar su marcha? En ese terreno, es decir, en esos reñidos combates de cada dia, sus facultades activas se mueven libremente, y su inteligencia despliega sus innumerables recursos.

Lo tiene dicho: « Triunfaré de todas las resistencias á fuerza de valor y de energía. »

Nada mas categórico. Sin embargo, para un hombre del temple de M. de Lesseps no hay nada de mas en estas palabras.

A. V.

Las mujeres de nuestro siglo.

CARTAS DE TRES AMIGAS RECOPIADAS

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

Imaginaos un rostro colorado y muy grande, cortado por dos cejas negras tan unidas que formaban un arco

completo bajo su frente: poned bajo las cejas unos ojos negros, pequeños y siempre airados, y una boca enorme que jamás se reía.

El señor Marcial era además muy alto y corpulento, y cuando los chicos lloraban no había medio más eficaz de hacerlos callar que decirles sus madres:

— ¡Si no callas, voy a llamar al alcalde!

El que hubiera observado la prontitud con que las criaturas callaban y no hubiera conocido al alcalde, se hubiera maravillado de lo desarrollado que estaba en aquel pueblo el respeto a la ley; pero después de ver al señor Marcial, se comprendía fácilmente que era su aspecto y no su vara lo que inspiraba tan profundo y extraordinario acatamiento.

Sin embargo, Teresa no pareció asustarse en lo más mínimo al ver la cara de su padre, porque se acercó a él, le abrazó, le besó en la frente y en las mejillas, y le dijo:

— ¡Padrecito mío, yo quiero pedir a Vd. una cosa!

— ¿Qué cosa? preguntó el alcalde limpiándose las extremidades de sus gruesos labios, pues sentía que la boca se le hacía agua de gusto con los besos de su hija.

Teresa calló y quedó inmóvil con su carita de marfil pegada a la caraza de escarlata de Marcial.

Parecían el ángel Gabriel besando al filisteo Goliath. — Vamos, ¿qué quieres? preguntó la alcaldesa, que aunque no oía, conocía las mañas de su hija: ¿te ha pedido limosna algún pobre? anda, dale un pan.

Teresa movió su linda cabecita.

— Chica, ¿hablarás? preguntó Marcial con voz de trueno y mirando a su hija.

Pero esta no se amedrentó tampoco: dió otro beso a su padre y respondió:

— ¡Hablaré cuando me diga Vd. que sí!

— ¡Padre, dígame Vd. que sí! exclamaron los dos que miraban las estampas: ¡mire Vd. que si no, esa pesada nos hará cenar a las doce!

— ¡Que sí! dijo el alcalde en voz alta: ¡a ver si acabamos, chiquilla!

— Pues bien, padre, repuso Teresa muy contenta; déjeme Vd. tomarle los cuartos que lleve en el bolsillo.

Y la niña mimada introdujo sus dedos en el bolsillo del chaleco de pana del alcalde, y sacó algunas monedas de cobre.

— ¿Qué es eso? preguntó la madre; ¿ese pobre pide cuartos?

— ¡No dejará de salir de apuros! repuso Marcial; no llegan a doce.

— Madre, dijo Teresa sentándose en la falda de la alcaldesa, esto es para Pascual: ¿me da Vd. algunos más?

— ¿Para el hijo de la viuda de García?

— Para el mismo: ha pasado por ahí, y como sé que están tan pobres, le he dicho que entrara para darle algo: no ha querido, porque el infeliz tiene reparo... y le voy a dar los cuartos; ¡ahora vendrá de vender su leña muerto de frío!

La alcaldesa sacó de su faltriquera algunas monedas de cobre, y dijo a su hija:

— Toma, es un chico de lo poco que se ve: luego, como herida por una idea repentina, miró a su marido y le preguntó:

— Di, Marcial, ¿no hay en casa en qué ocupar a esa criatura para que no vaya al monte? ¡Un día se lo va a comer un lobo!

Teresa ya no oyó nada de esto: había salido para dar a Pascual el dinero, que ascendía a la respetable suma de tres reales.

— Toma, le dijo, eso para tu madre; ¿porqué no has querido entrar? ¡Vaya! No tengas vergüenza, cenarás con nosotros y te calentarás.

— Sí que voy a entrar, repuso Pascual.

Y cogiendo su esportilla llena de pedazos de madera, siguió a la muchacha.

A la puerta de la cocina se detuvo confuso y no se atrevió a dar un paso más.

Aquella cocina grande, alegre, llena de un calor vivificante y alumbrada por un abundante fuego, le parecía al pobre Pascual, comparada con la covacha que habitaba él y su madre, un palacio fantástico.

Además, la cena del alcalde y su familia exhalaba un perfume delicioso al parecer del desventurado niño, que estaba hambriento y helado.

— ¡Vamos, anda! ¡No te quedes ahí parado! dijo la voz terrible del alcalde.

Pascual, más muerto que vivo y sintiendo los zumbidos de sus sienes, entró en la cocina y dijo timidamente:

— ¿Dónde me mandan Vds. que eche las astillas?

— Qué, ¿no las has vendido hoy? preguntó uno de los muchachos.

— No, respondió Pascual: me las compraba la hermana del señor cura; pero hoy no la he visto: Dios les pague a Vds. el haberse quedado con ellas, porque si no no le podía llevar nada a mi pobre madre.

— Oye, Pascual, dijo el alcalde: recoge tu capazo y llévale a tu madre la leña y los cuartos que te ha dado Teresa: y tú, Lucía, da algo más a ese pobre chico.

Estas últimas palabras iban dirigidas a la alcaldesa, que se levantó y puso en la esportilla de Pascual un pan grande y una lonja de tocino.

El alcalde añadió:

— Mira, desde mañana no vayas al monte: a las siete te vienes acá todos los días, y te ocuparemos en algo: ahora vete, que tu madre estará esperándote llena de pena.

Pascual quedó deslumbrado.

¡No ir al monte!

¡Levantarse a las seis y media en vez de levantarse a las cuatro, es decir, con dos horas de noche!

¡No estar solo todo el día!

¡No tener por qué temer a los lobos!

¡Qué cúmulo de felicidades para aquella pobrecita alma sumergida desde que Dios la encerró en su pequeño y débil cuerpo, en las negras tinieblas del dolor!

Tan inmenso fué su asombro, que no supo qué responder; pero yo puedo asegurar, que al llegar a la calle ya no le daba ni pizca de miedo el alcalde.

Pascual se fué corriendo a su casa.

A la puerta encontró llorando desconsoladamente a su madre, en cuya falda puso la leña, el pan, el tocino y los tres reales que había recibido, y después de abrazarla, le notificó lleno de gozo que desde el día siguiente le ocupaban en casa del alcalde.

— ¡Eso es una dicha que Dios nos envía, hijo mío! exclamó la viuda enjugándose las lágrimas; recemos para darle las gracias por ella, y haz todo lo que te mande el señor alcalde, su mujer y sus hijos.

III.

Al dar las siete, estaba Pascual al día siguiente en casa del señor Marcial, llevando en el bolsillo el pedacito de pan negro que constituía su alimento diario.

Era invierno y aun había poca luz, porque la mañana estaba lluviosa.

Sin embargo, ya se oía a Teresa *batallar* con sus hermanitos pequeños, engañar al uno y acariciar al otro, prometiendo al más chico, si se dejaba lavar la cara, que mamaría de la cabra negra.

El chico había sido amantado por una cabra, y era más saltarín y revoltoso que su nodriza.

— Padre, ¿qué hacemos de este codujo? (1) preguntó al señor Marcial su hijo mayor señalando a Pascual.

— Recogerlo y que no pase hambre ni frío, contestó el alcalde: darle las herramientas y que las lleve.

Pascual fué cargado con algunos útiles de labranza, y Marcial, sus hijos y su protegido echaron a andar hacia el campo.

Un mes más tarde, ninguno de aquellos hombres fornidos hubiera podido pasarse sin Pascual, que era el *corve-ve-dite* de todos ellos, y además un modelo de paciencia y sumisión.

Pasaron diez meses más, y en vez de ser el correo de todos, se hizo un trabajador en miniatura lleno de ardor y de aplicación.

La miseria, unida a un carácter lleno de ternura y de nobleza, había educado a aquella criatura que adoraba a toda la familia del alcalde, que a su vez adoraba a Pascual.

Poquito a poco la abundancia y el bienestar, que tan lejos se hallaban de casa de la viuda de García, fueron llegando a ella, gracias al cariño que el señor Marcial y su esposa profesaban a su protegido.

La buena Lucía no cesaba de enviarles comestibles. Ya era un saco de trigo, ya otro de legumbres, ya una pieza de tocino, ya un poco de aceite.

Por su parte, la pobre viuda sabía agradecer aquellos beneficios.

Lavaba, cosía, se llevaba a su casa algunos ratos a los pequeñuelos para que Teresa descansase, y se hubiera dejado sangrar por cualquiera de la familia de Marcial.

¿Qué mucho si se trataba de la suerte de su querido y único hijo, a quien habían libertado de la más atroz miseria?

Una mañana se hacía colada en casa de la alcaldesa, y esta se hallaba mala y estaba agobiada con la idea de aquella faena tan pesada; llegó la viuda y le obligó a sentarse, trabajando ella en todo y cuidando de las muchachas.

— Viuda, dijo la alcaldesa, se me ha ocurrido una cosa.

— ¿Y qué es, señora? preguntó la madre de Pascual.

— Que podías cerrar tu casa, traerte los trastos y vivir aquí: yo estoy cansada de cuidar de todo: las chicas se van haciendo mozas y hablan con los novios hasta que no pueden más, porque se fian en mi sordera: los chicos toman dinero del arca cuando se les antoja, porque su padre les deja hacer todo lo que quieren, y le tienen el mismo miedo que las gallinas al trigo: además, la pobre Teresa está hecha un azacán con esos chicos, que me la tienen delgada, sobre todo, el que crió la cabra, que no se puede con él: aquí falta una mano que gobierne, porque la mía va siendo vieja y necesita descansar: con que vente aquí con el chico y me ayudes a llevar la carga.

La viuda sintió en el alma dejar su casita oscura y triste como era; porque el rincón de la casa, por miserable que sea, tiene un indecible encanto para las mujeres honradas y hacendosas; pero se trataba del descanso de su bienhechora, y no dijo una palabra que no fuera para asegurarle de nuevo toda su gratitud.

Al día siguiente puso en un arca lo más preciso para Pascual y para ella, y se fué a casa del alcalde, cerrando su casita y guardando la llave con gran cuidado: ni un solo trasto quiso mover de su sitio.

La casa del alcalde tomó a los pocos días un aspecto de orden que jamás había tenido.

La viuda manejaba a todos con la misma facilidad que si fueran criaturas.

Las dos chicas mayores eran muy aficionadas a *pali-quear* a la puerta de la calle, y la de más edad — que no pasaba de los diez y siete años — se había encapri-

(1) Pequeño, renacuajo.

chado de un muchacho calavera, pendenciero y mal trabajador.

— Hija, le decía la viuda, es un dolor que ese hombre te haya sorbido el seso: no tiene un cuarto ni sabe ganarlo, y te matara a pesadumbres; mira que yo sé de tres chicas que le han despedido: y luego, no se quiere casar, sino pasar el tiempo.

La muchacha oía estas palabras como quien oye llover; pero a los pocos días de ver la viuda que seguía en sus trece, añadió otras reflexiones a las pasadas.

— Mira, hija, la dijo una noche, tu madre llora y se desespera al ver que sigues hablando con ese hombre: casate con él si así te acomoda; pero no la mortifiques: en vez de hablar por la puerta, habla por la ventana; entonces cerraré yo la puerta y diré que te tengo ocupada.

Adoptó esta medida; pero la viuda halló el medio de hacer que los hijos de Marcial dijese al galán que si le veían rondando la casa probaría sus garrotes; y como por otro lado la viuda conseguía entretener a menudo a la muchacha y dar excelentes plantones al novio, este, que no la quería de veras, desistió de enamorarla y se dirigió a otra parte.

Los principios de orden se extendieron igualmente a todos los demás de la casa: la viuda, con blandura, con buenos consejos ó con alguna intriguilla, hallaba medio de conseguir sus fines y de que todos hicieran su gusto, que era siempre conforme con lo razonable.

Todos la querían en casa, y la alcaldesa tenía un descanso tan grande, que le parecía hallarse en el cielo.

Pero no obstante esta ventaja, ó quizá a causa de ella, la buena Lucía se vió acometida de una dolencia aguda.

Tanta inacción después de tanta actividad perjudicó a su salud, y sus hijos la vieron descender rápidamente al sepulcro después de algunos días de enfermedad.

El mismo día de su muerte llamó por la mañana a su marido, y le dijo que se sentase a la cabecera de su cama.

El buen Marcial, cuyos ojos no se secaban hacia ya muchos días, y que no abandonaba la alcoba de la enferma, obedeció a su deseo y se sentó donde ella le indicaba con su mano descarnada y ya casi fría.

— Marcial, dijo la pobre Lucía con voz débil; no llores así... me desconsuelas... y tengo que hablarte para darte un encargo...

El alcalde reprimió los sollozos y las lágrimas para que su esposa no las viese correr por su semblante, antes tan rollizo y encendido, y desde la enfermedad de esta abatido y adelgazado.

— Mira, Marcial, prosiguió Lucía; tú eres muy bueno... tan bueno que esta casa, faltando yo, marchará sin velas ni timón como nave abandonada... solo hay una persona que la puede dirigir como es debido... y a la cual... como si Dios me hubiera dicho lo que iba a suceder, he llamado para que la gobernase hace algunos meses...

Detúvose la pobre Lucía para tomar aliento, y luego prosiguió, no sin un esfuerzo penoso:

— Esa persona... ya sabes quién es... Isabel, la viuda de García... pero como aun es joven... y no mal parecida... y como tú no eres viejo, la gente hablara si no os casáis...

Marcial hizo un enérgico gesto de negativa y reprobación, y volvió a dejar correr su llanto.

— Debes casarte con Isabel; hazlo por nuestros pobres hijos, Marcial, prosiguió Lucía: ellos la quieren... están acostumbrados a sus buenos modos, al arreglo que ella les tiene... los pequeñitos extrañarían su salida, y los grandes también; te cuidará, te querrá, hara prosperar la casa y estareis bien... no quieras que me vaya con el desconsuelo de dejaros sin quien mire por vosotros, y de dejar la casa sin una persona que la gobierne...

(Se continuará.)

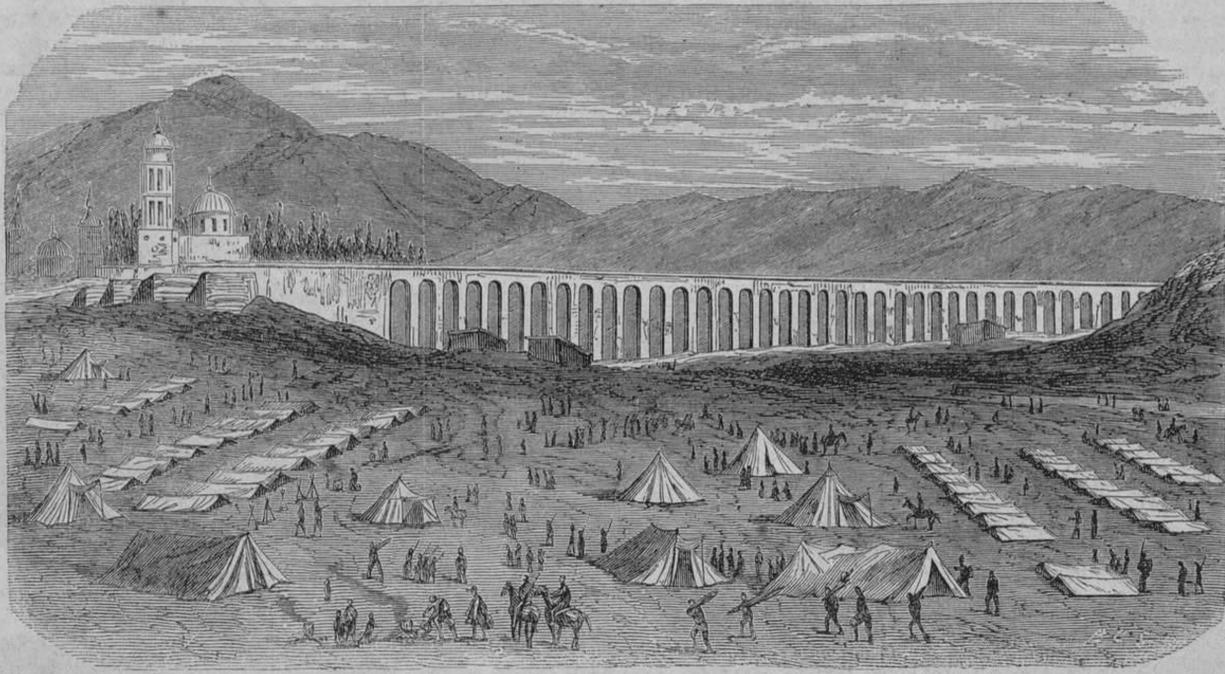
Expedición al interior de Méjico.

De una correspondencia francesa fechada en Silao el 13 de diciembre, tomamos los siguientes párrafos:

» El 1º de diciembre, una columna ligera llamada *brigada de vanguardia*, compuesta de toda la caballería bajo las órdenes del general Barrail, de una batería de artillería de la guardia, de una sección de montaña y del 3º de zuavos, salió de Acámbaro para perseguir a los generales mejicanos Riozabal y Torres, acampados en Salvatierra. El general Bazaine dirige en persona el movimiento, pensando encontrarse con el enemigo el 2 de diciembre; pero este había abandonado la vispera Salvatierra con dirección a Salamanca, luego a Silao y por fin a Leon, donde según decían debía fortificarse.

» Salvatierra es un pueblo muy limpio, agradablemente situado al extremo de una vasta y fértil llanura regada por el río Lerma. Para llegar a Salamanca hay que pasar por Celaya, la única población importante antes de Guanajuato; el país es inculto, y solo se encuentran en él un villorrio llamado Tarimoro, la venta de la Noria, y dos leguas más lejos una grande hacienda, el Rincon, en el terreno más fértil del Bajío. A dos leguas de distancia se ve luego en un llano inmenso y bien cultivado la ciudad de Celaya con sus hermosos conventos, cuyas dependencias constituyen casi toda la ciudad, que pertenecía enteramente al clero, antes de que entrara en el poder el partido liberal. El 3 de diciembre, la 2ª división (Douai) sale de Querétaro, donde es-

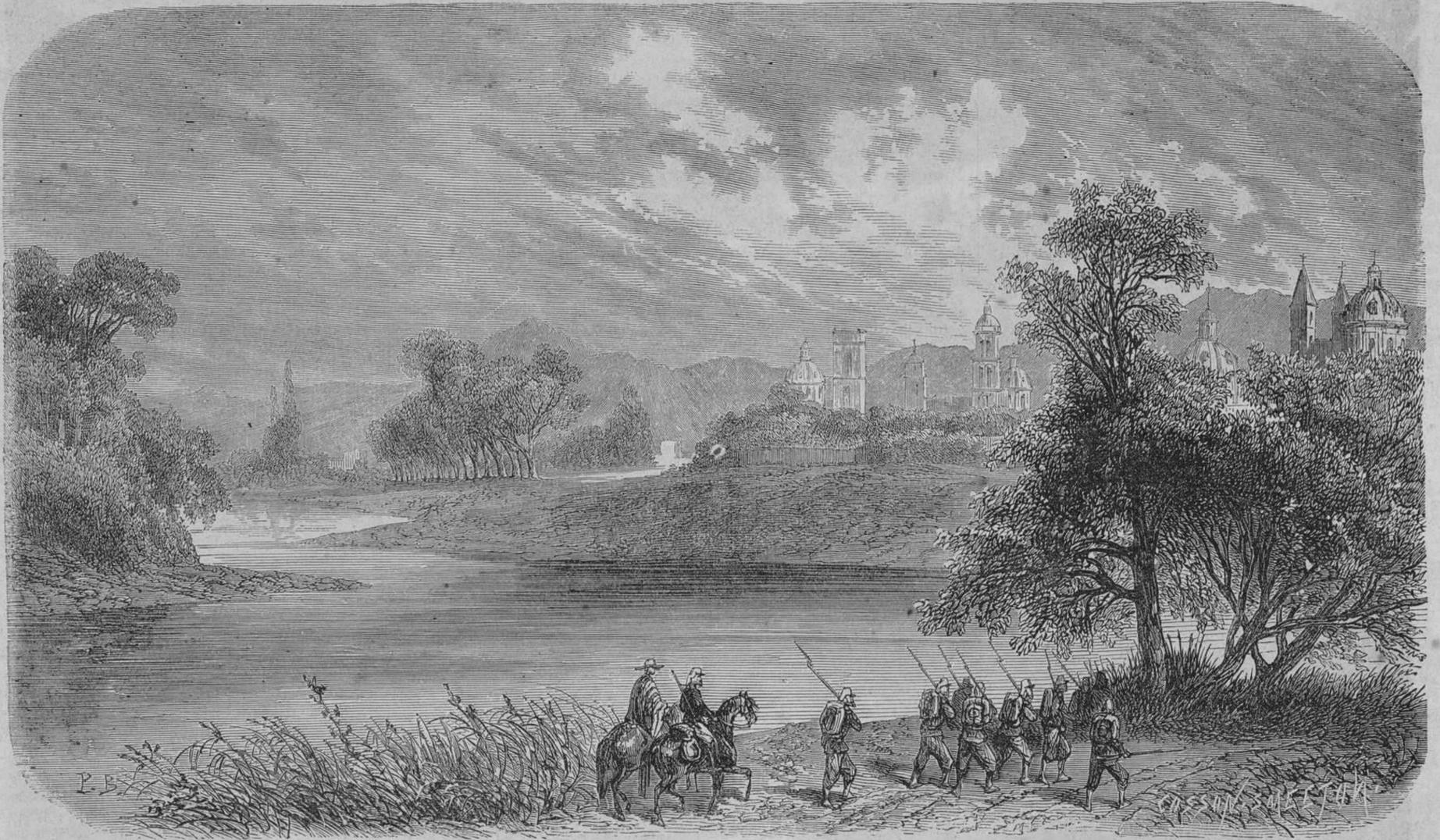
taba hacia algunos dias, para marchar á Celaya, cuartel general del general Bazaine. Querétaro es una poblacion de 20,000 almas, muy rica y agradable, tanto por la importancia y hermosura de sus edificios, como por la verdura de sus cercanias, las flores de sus jardines y la suavidad de su clima. Sus calles son anchas y rectas, y á cada paso se ven buenas iglesias y magnificos conventos; el mas notable de estos últimos por su extension, es el de Santa Clara, que tiene 4,000 metros de circunferencia. Querétaro posee cinco hoteles, varios cuarteles para la caballeria, diez para la infanteria, y un hospital llamado Santa Rosa. En fin, un inmenso y magnifico acueducto, el mas bello seguramente de toda la América, lleva á la poblacion el agua de la al-



EXPEDICION AL INTERIOR DE MEXICO. — El acueducto de Querétaro.

dea de San Pedro, del agua Tibia ó la Cañada. El 6 de diciembre el general en jefe se encamina á Salamanca, pueblo muy antiguo situado en el rio Laja, afluente del rio Grande; tambien posee muchos conventos, entre otros el de San Agustin, y que son otras tantas fortalezas. Una antigua iglesia, la Parroquia, desgraciadamente por concluir, tiene una portada notable por su arquitectura y el número infinito de figuras extrañas que la adornan. La vista de Salamanca á la orilla de su ancho rio es una de las mas preciosas que pueden imaginarse.

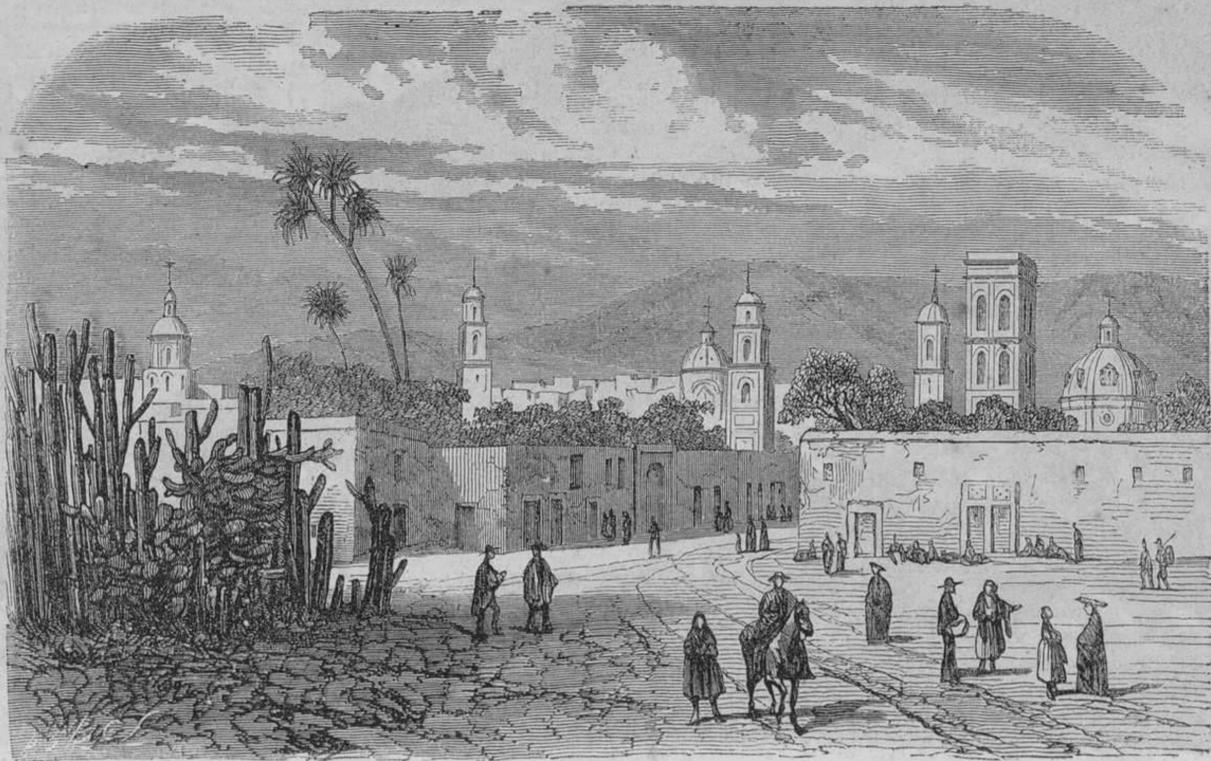
» De Salamanca una buena carretera conduce al bonito pueblo de Valle de Santiago á la falda de una cuesta bastante elevada de las cordilleras. Sus calles son rectas y espaciosas, están bien empedradas, y las ca-



Salamanca.

sas de un solo piso tienen un interior confortable: galerias y huertas de naranjos. La plaza ofrece soportales con tiendas. Un número infinito de conventos y de iglesias acaba de dar á esta poblacion un carácter particular, aumentado en sus arrabales con las cercas de cactus. Estos arrabales, muy grandes como en Salamanca y en Celaya, se componen de chozas indias con huertas cercadas de cactus.

» El general Uraga que ocupaba Santiago, le habia abandonado en cuanto llegó el general Bazaine á Celaya, y se retiró á Guanajuato, sin duda para reunirse desde allí con el grueso del ejército mejicano en Leon. Así pues, el dia 9 la columna volante de vanguardia entraba en Salamanca al propio tiempo que la division del general Castagny marchaba á Irapuato y Silao. Por su parte el general Douai salia de



Valle de Santiago.

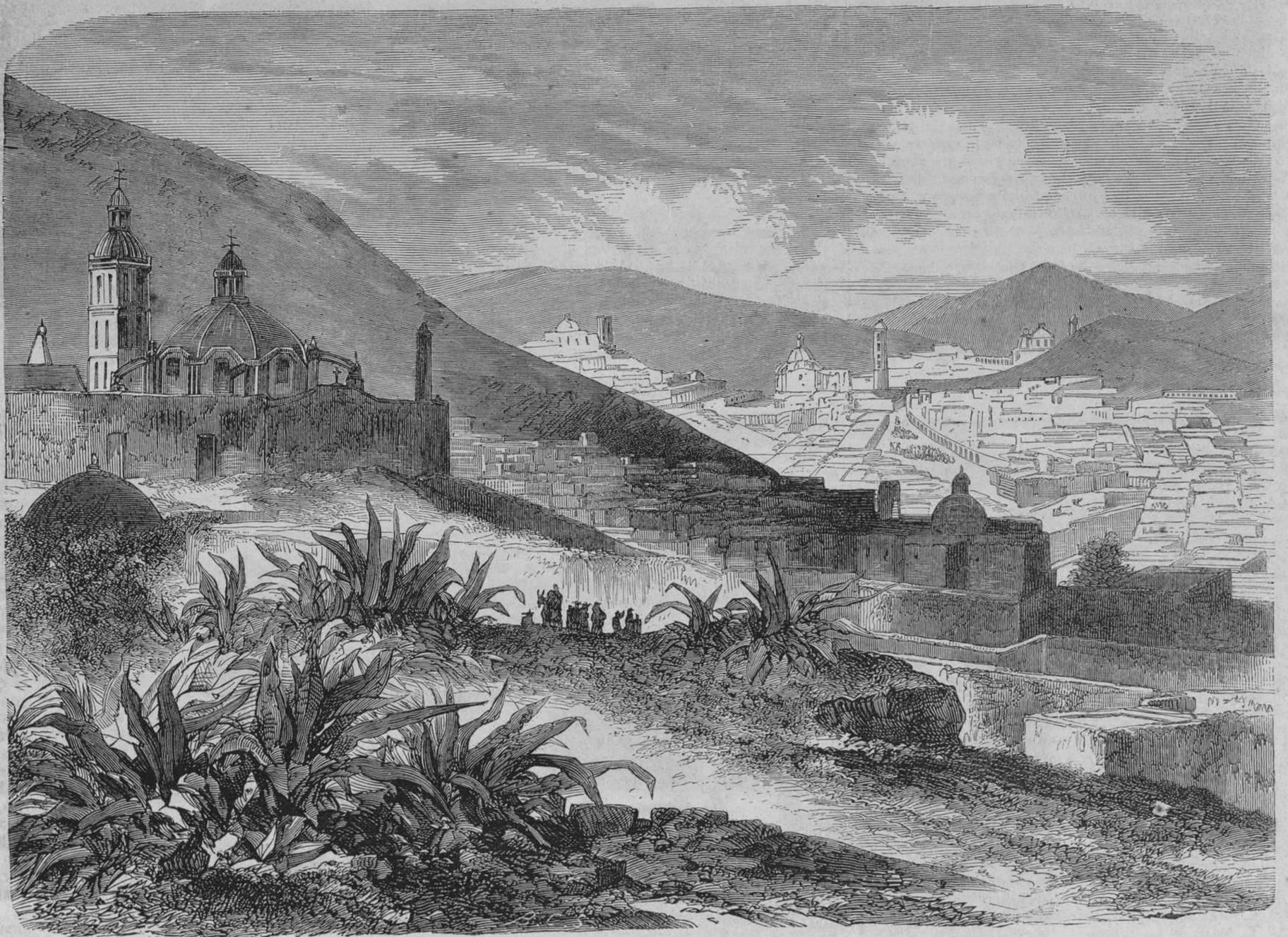
Celaya para Guanajuato, donde era recibido el 9 con entusiasmo por los habitantes. El general Mejia, aliado, le habia precedido ya, y al acercarse, Doblado habia emprendido la retirada.

» Guanajuato, capital de la antigua intendencia de este nombre, y famosa por la riqueza de sus minas y por la fertilidad de su territorio, se halla situada á 1,834 metros sobre el nivel del mar en un valle angosto atravesado por el cauce de un torrente, y está formada sobre diferentes cerros que parecen pertenecer á aldeas separadas, lo que hace que todas sus calles se vuelvan subidas y bajadas. Sin embargo, tiene una bonita plaza adornada con soberbias iglesias y casas elegantes de una incomparable riqueza, que cuestan hasta 100,000 pesos fuertes cada una.

» Guanajuato, dice M. Mathieu de Fossey en su obra sobre Méjico, se fun-



Guanajuato.



Zacatecas.

dó en 1554. Cuatro años después se abrieron los pozos de las minas de Rayas y de Mellado, a un cuarto de legua de la población; pero quedaron casi abandonadas hasta mediados del siglo XVIII. El filón de la Valenciana se descubrió en 1770, por Obregon, que recibió del rey de España el título de conde de la Valenciana. Esta mina dió un producto anual de cerca de tres millones de pesos, término medio hasta el tiempo de la insurrección, época en que las obras fueron interrumpidas. Una compañía inglesa las continuó en 1828. La sociedad es muy triste en Guanajuato. Los hombres solo se ven entre sí para sus negocios, y las señoras se limitan a las visitas de etiqueta; no salen sino para ir a misa ó al paseo, si tienen carruaje.

El 11 de diciembre el general en jefe llegó a Irapuato, después de haber atravesado una inmensa llanura de cinco léguas, bien cultivada y fértil, sobre todo en maíz. Irapuato es un pueblito muy parecido a Salamanca y a Celaya, pero donde abundan mas aun los conventos y las iglesias. No citaré entre este crecido número de monumentos, todos notables, mas que San Francisco, la Soledad y la Parroquia. Las calles son espaciosas, pero muy irregulares; algunas presentan hermosas casas, y la plaza principal es bellísima con sus pórticos y sus iglesias en cada cara.

Nueve leguas largas de un país fértil y bien cultivado separan a Irapuato de Silao, y en este largo trayecto se encuentran muchos ranchos y haciendas; en todo este país es muy necesaria la lluvia, porque falta agua corriente; los habitantes tienen que abrir pozos profundos para proporcionarse agua para ellos y sus ganados, que por esta razón escasean en esta parte del territorio mejicano.

Silao es una población bastante grande y en todo igual a las anteriores, pero no tiene las calles empedradas, y hay siempre un polvo insoportable. En Silao se hallan reunidas las dos divisiones del ejército expedicionario que deben dirigirse mañana 14 a Leon, donde se cree se fortifica el ejército mejicano. Otros dicen que es en Los Lagos, y otros en fin, aseguran que no se defenderán sino en Puente Calderon, donde ya en 1810 cien mil mejicanos fueron derrotados por ocho mil españoles. No tardaremos en salir de dudas. — A. C. »

Revista de Paris.

Está llamando altamente la atención en los salones parisieneses, abiertos durante la temporada de cuaresma á los artistas mas notables de Francia y del extranjero, una jóven bellísima de una antigua familia de los Países Bajos, que obtiene sobre el piano varios efectos considerados hasta el día como imposibles. La habilidad particular de esta señorita, que la crónica designa misteriosamente con la inicial B. . . se debe á una singularidad de configuración de que hay pocos ejemplos: es sexdigitaria, extraño privilegio que poseen desde tiempo inmemorial las mujeres de su familia. Su quinto dedo, el dedo meñique, es doble, no solamente en las manos, sino en los piés; y sin embargo, ni sus piés ni sus manos chocan á primera vista, siendo preciso mirar atentamente para descubrir esa anomalía. El sexto dedo de cada mano arranca un poco mas abajo que su compañero, y como este último obra libremente, se cierra, se abre, y juega en fin como todos los restantes. En cuanto á los piés, según se puede juzgar al través de un calzado fino, son largos, estrechos, de forma aristocrática.

La última heredera de esta configuración excepcional, lejos de querer disimularla, enseña con cierta complacencia sus bellas manos. En las visitas, lo mismo que en los bailes, se la ve con guantes de seis dedos, admirablemente confeccionados por uno de los principales guanteros parisieneses. En su habitación figura el retrato de una de sus abuelas ejecutado por Rubens, y en el cual el gran colorista ha reproducido con escrupulosa fidelidad las manos de seis dedos de su modelo.

Las observaciones relativas á los sexdigitarios, añade el periódico de donde extractamos estos pormenores, son bastante numerosas en los anales de la ciencia medical. Regularmente el sexto dedo está colocado hácia el dedo meñique, y parece ser el pulgar de otra mano que falta. Sin embargo, también se citan casos en que el pulgar es el que parece doble. A veces el pulgar y el meñique son dobles, esto es, la mano ofrece á cada uno de sus lados un dedo accesorio; y finalmente, otras este dedo accesorio se encuentra en medio. Reaumur ha publicado la historia de la familia Kalleja, oriunda de Malta, en la cual todos los descendientes de Gratio Kalleja, de ambos sexos, eran sexdigitarios en las manos y en los piés. En la antigua Roma se vieron ejemplos análogos. Maupertuis ha citado una casa de Berlin donde cinco generaciones se transmitieron esa exuberancia de dedos. Por último, hoy existen en muchas familias del Bajo Anjou ejemplos de la misma perpetuidad.

Recientemente acaba de reunirse, para celebrar una de sus interesantes sesiones, el comité de la *Sociedad protectora de los animales*, institución que se ha fundado en Paris con un objeto verdaderamente elevado. Es digno de notarse que su creación se debe á un hombre de guerra, á un excelente oficial de caballería, el general de Grammont, quien después de haber introducido la protección de los animales en la ley, organizó su ejercicio mediante la sociedad de que vamos á ocuparnos.

Esta sociedad cuenta entre sus miembros muchas notabilidades de Francia, príncipes, senadores, magistrados, escritores y artistas. El último boletín leído en la sesión á que nos referimos, abunda en hechos curiosos.

M. Victor Henrion, maestro de escuela en Dieuze (Meurthe), pide informes sobre los medios mas adecuados que pueden adoptarse para infundir á los chicos la dulzura con los animales, é indica los resultados que él ha obtenido. Su perro asiste

á las lecciones, tendido debajo de la mesa del maestro, y á la conclusión de la clase, se planta en la puerta y recibe las caricias de los muchachos conforme van saliendo.

Con motivo de la carta de M. Henrion, M. Meunier dice que su perro asiste ordinariamente á las lecciones de dibujo que da en los establecimientos de instrucción pública, y que el inteligente animal sabe muy bien adivinar, por el sonido de la campanilla, cuándo debe prepararse para salir.

El doctor Bourdin expone la relación de una carrera de caballos que ha presenciado en la Bretaña, y en la cual ganó el primer premio un aldeano, que sin látigo ni espuelas montaba un caballo sin bridas.

M. Lelion Damiens piensa que los buenos tratamientos no limitan sus saludables efectos á los animales domésticos. Un zorro que él había cogido muy jóven se mostró muy reacio para dejarse domesticar en los primeros tiempos, y el rigor no servía de nada. M. Damiens tuvo la buena idea de emplear la dulzura, y al cabo de pocos meses hacia lo que quería del animal antes tan indómito.

El doctor Amadeo Latour anunció un hecho digno de ser notado en esta reseña. En las grandes demoliciones de casas operadas para la abertura de la calle de Lafayette, existían unos sesenta gatos errantes y huérfanos, que sin querer abandonar el suelo en donde habían nacido, pasaban las noches mayando de hambre entre los escombros. Compadecidas, dos pobres mujeres llamadas Fillet y Nicolet, los han alimentado. Una de ellas, simple sirvienta, ha mantenido largo tiempo á sus padres con el fruto de su trabajo; y la otra, pobre costurera del barrio Montmartre, se halla en la situación mas precaria. — La Sociedad votó una gratificación para estas dos buenas almas.

Otro socio contó también la siguiente anécdota:

Hace como una semana, un cortador de Graulhet (Lot) cayó enfermo de peligro y murió á los pocos días. Este hombre tenía un perro que durante la enfermedad de su amo no se había movido del pié de la cama, y se había negado constantemente á recibir la comida que le ofrecían. Cuando el carnicero falleció, el perro fiel siguió paso á paso el fúnebre cortejo acompañando con gritos plañideros los responsos que se cantaban, y una vez que el sepulturero hubo terminado su obra, se tendió sobre la tierra, de donde le arrancaron con mucho esfuerzo. Trascurrieron algunos días, y el perro desapareció. ¿A dónde había ido? Nadie lo sabía, y se habría ignorado largo tiempo, si el sepulturero, yendo al campo santo para abrir otra zanja, no hubiese visto con sorpresa un ancho agujero practicado sobre la sepultura del cortador. Se acerca, y en el fondo de este agujero, que tenía dos metros de profundidad, distingue al perro sobre la caja del difunto. Compadecido del pobre animal, va á buscar á los parientes del carnicero para noticiarles lo ocurrido. Estos lograron llevarse el perro; pero como este se obstinara en no comer, no tardó en morir de hambre en casa de su amo.

Concluida la lectura del boletín y la exposición de hechos notables por parte de los socios, se entraron á discutir varias cuestiones, entre las cuales citaremos las siguientes:

Del collar de aire no comprimido para los caballos; de las fortificaciones de los nidos; de las corridas de toros; del itinerario de las golondrinas; de las riñas de gallos en Inglaterra, y de otras muchas cosas, pequeñas en apariencia, y que la sociedad se propone defender para honra y gloria de la humanidad.

Los caballeros de industria, cuyas proezas señalamos á menudo en estas crónicas, suelen salir de tiempo en tiempo muy mal parados en sus estratagemas. Esta semana hemos tenido uno de estos casos.

Existe en el barrio de San German un establecimiento de religiosas que se consagran particularmente á la moralización de las sirvientas que llegan de las provincias, preservándolas de los peligros de la capital, procurándolas acomodo ó suministrándolas recursos para que se vuelvan á su pueblo.

Hacia algunos meses que la superiora de este benéfico instituto recibía cartas firmadas por alguno de sus parientes, que hallándose necesitado, recurría á su humanidad, y la pedía, á título de préstamo, una suma que variaba de cincuenta á cien francos.

Consultando solo su buen corazón, la religiosa, sin cerciorarse de si la carta era en realidad de su pariente, entregaba al portador el dinero pedido; sin embargo, como estas peticiones menudeaban, comenzó á entrar en recelo, y tomó medidas para evitar que la engañaran nuevamente.

Muy luego apareció un individuo con una esquelita que decía firmada por el sobrino de la superiora, en la cual apelaba á sus sentimientos generosos para obtener un préstamo de cincuenta francos.

— Creo que la carta es de mi sobrino, dijo la superiora; pero deseo que el dinero le sea entregado en mano propia, y por lo tanto voy á mandar á dos beatas que acompañen á Vd., y ellas le llevarán la suma que me pide.

El mensajero no puso buena cara al oír esto; pero no se atrevió á presentar objeción alguna, y se retiró escoltado por dos religiosas jóvenes y robustas, que sabiendo ya lo que tenían que hacer, se plantaron una á cada lado del individuo.

Este hombre trató de librarse de ellas llevándolas por calles tortuosas y poco frecuentadas; pero las religiosas no parecían abrigar ningún temor, y no le quitaban los ojos de encima.

Después de haber caminado largo tiempo, se detuvo al fin á la puerta de una taberna cerca del Palacio de Justicia, y dijo á sus compañeras:

— Aquí me está esperando el sobrino de la superiora.

— Pues entremos, respondieron ellas.

Y en efecto, con gran asombro del individuo en cuestión, penetraron con él en el establecimiento.

— Ahí está el sugeto, exclamó el hombre señalando á un individuo sentado á una mesa; pueden Vds. entregarle los cincuenta francos.

— No haremos tal, respondió una de ellas; no es ese el sobrino de nuestra superiora, y Vds. no son mas que unos tumbantes.

Al oír estas palabras, el supuesto sobrino tomó muy de prisa

las de Villadiego, y el otro quiso imitarle; pero las religiosas salieron en su persecución gritando, y los agentes municipales se apoderaron del fugitivo, que fué llevado á puesto seguro.

Según se ha sabido después, este personaje pertenecía á una cuadrilla de caballeros de industria que se destinaba á engañar á las personas conocidas por sus sentimientos caritativos mediante cartas falsificadas. Por fortuna, el tropiezo que acabamos de referir ha dado fin á sus fechorías.

El viernes último hemos tenido en el teatro de la Grande Opera una de esas solemnidades que desgraciadamente para los aficionados á tan brillantes espectáculos se repiten muy de tarde en tarde. Se ejecutaba por la primera vez un baile-pantomima titulado: *la Maschera ó las noches de Venecia*, escrito por MM. de Saint-Georges y Rota, y puesto en música por el maestro Giorza. Además se estrenaba en este baile una bailarina afamada, la Boschetti. Vemos pues que la función era completa, y por lo tanto excusado será decir que la asamblea era también numerosa y escogida.

Obras de este género no se analizan; sin embargo, preciso es decir cuatro palabras acerca del argumento, para que se comprenda en qué cuadro aparece la heroína de la fiesta.

Estamos en Venecia durante el carnaval, y la Opera nos muestra aquí un panorama sorprendente. La célebre plaza de San Marcos ofrece la mas pintoresca confusión que puede imaginarse. En este lugar público tenemos el carnaval popular con todas sus locuras, y á dos pasos de la muchedumbre un magnífico palacio abre sus salones al carnaval de la gente aristocrática.

Lucilla, en su calidad de bailarina, ostenta sus gracias lo mismo en el palacio que en la plaza pública, excitando por do quiera trasportes de entusiasmo entre sus fanáticos admiradores.

El jóven Donato Rizzi, pintor muy en moda, inspira una pasión violenta á la Lucilla, y en este nuevo amor olvida á su tierna y afectuosa Marietta, su prometida esposa, la que prefiriendo la muerte al abandono, se arroja al Gran Canal en un arrebato de celos. Este suicidio produce el desenlace; salvan á Marietta, y Lucilla compadecida de su dolor la devuelve su amante, y se consagra al arte que la prodiga tantos triunfos.

Este argumento dramático, tan propio para que la empresa de la Opera nos asombre con su lujo tradicional de decoraciones y de trajes, ha gustado mucho; los bailes y la pantomima están trazados por un maestro experimentado, M. Rota, y en cuanto á la música, de Giorza, es tan original como adecuada á esta clase de espectáculos.

Amina Boschetti es una bailarina que desde luego se conquistó el favor del público. Su baile no es baile, es un delirio. Tiene pasos de una rapidez tal, que apenas se comprende cómo los ejecuta. La gracia natural de sus veinte y cinco años está un tanto eclipsada por una robustez precoz; pero no obstante, seduce como mujer, no menos que arrebata como bailarina. Creemos que la Opera ha hecho una excelente adquisición en la persona de esta brillante artista.

MARIANO URRABIETA.

Reseña histórica

DEL TEMPLO DE LA COMPAÑIA EN SANTIAGO DE CHILE.

Santa casa de oracion,
Templo de la Compañía,
Que á plegaria y á sermon
Llamas de noche y de día
La devota población.

(BELLO. — Canto elegiaco al incendio de la Compañía en 1844.)

I.

Ofrece tan palpitante y tan doloroso interés cuanto esta ligado al nombre de la iglesia de la Compañía en estos momentos de duelo universal, que en breves rasgos vamos á trazar aquí los principales sucesos de su lastimera historia. Ya que no nos es dado bosquejar la existencia de tantas hermosas vidas sacrificadas bajo sus bóvedas, diseñemos al menos la historia de su tumba. El dolor de los hogares encontrará un débil lenitivo en la contemplación de pasados desastres, que parecían haber consagrado aquel sitio á la horrenda y final destrucción que acaba de encontrar.

II.

La primera iglesia de la Compañía fué edificada, no en el sitio que ocupa la actual, sino en el centro de la manzana que los jesuitas se procuraron para su *Colegio* el año de 1593, cincuenta y dos años después de la fundación de Santiago.

Llegaron aquellos religiosos á la capital en número de ocho, precedidos por el padre Baltasar de Piñas (que fué su primer provincial) el lunes santo 12 de abril de 1593, y se hospedaron en el convento de Santo Domingo.

Pero apenas había pasado el día de Pascua, se reunió el pueblo, el cabildo y la clerecía, para designar á los misioneros el sitio en que debían edificar su claustro y su iglesia.

El sagaz Piñas declaró sin embargo en aquella reunión, que ni él ni sus compañeros querían gravar en lo menor al pueblo de Santiago, empobrecido por cuarenta años de guerras, y afirmó que el ánimo de la orden « era no de tener lugar fijo en Chile, sino recorrer todas las comarcas. » — « Esta conducta eminentemente política de los jesuitas, dice el historiador Eizaguirre

(tomo 1º página 99) les concilió aun en mas alto grado la benevolencia del pueblo. »

Pero este no quiso aceptar por motivo alguno aquella manifestacion de sincero ó fingido desprendimiento. « Y luego al punto, cuenta el padre Ovalle, uno de los primeros fundadores de la órden en Chile (página 337) diciendo y haziendo juntaron entre todos la limosna que bastó para comprar una de las casas mas principales del lugar, una quadra de la plaza y de la cathedral á que el mismo dueño ocurrió con ochocientos pesos que remitió de su valor, y aunque no costaron entonces mas de otros tres mil y seiscientos, se estimarian en tiempo de paz, segun lo advierte la historia, en diez mil. »

Edificóse en consecuencia en el solo espacio de seis semanas, una capilla provisoria en el centro del claustro, y se puso bajo la invocacion de una reliquia que los jesuitas habian traído consigo. Era esta la cabeza de una de las *Once mil vírgenes de Colonia*, segun los primitivos historiadores de la órden. ¡Fatídica ofrenda hecha al sitio del que debian volar al cielo de una sola vez tantas almas virginales!

III.

Pero aquel edificio se hizo en breve estrecho para la devocion de los fieles, pues el templo de los jesuitas, que monopolizaban casi totalmente la direccion de las conciencias por el confesonario y la predicacion, se hizo desde el principio el favorito del público, como lo fué ¡ay! hasta su última hora.

En consecuencia, dos años despues se echaron los cimientos de un nuevo templo en el lugar que hoy ocupan los escombros del que fué ayer el recinto de cita y de plegaria de todas las almas cristianas de la capital.

Dos antiguos capitanes, sintiéndose ya viejos y acaso arrepentidos de pasados yerros, juntaron su caudal, y por escritura pública de 12 de octubre de 1595, lo endosaron á los jesuitas para edificar su iglesia. Llamábase aquellos piadosos soldados Agustin Briseño y Andrés de Torquemada, nombre empero, que parece respirar el humo de las hogueras.

Treinta y seis años duraron los trabajos de ereccion de este nuevo templo, que vino á ser el mejor de Chile, pues tomó parte en el fervor de todos los habitantes de Santiago (1). Habiéndose comenzado en 1595, solo se terminó en 1631. « Fuése trabajando á toda costa, dice el jesuita Olivares en su historia manuscrita de Chile, capítulo 19, y se levantó una iglesia de cal y canto muy capaz y honrosa, cubierta con cinco paños, llena toda de artesones primorosamente dispuestos. La capilla mayor quedó con mucha capacidad, se levantó sobre cuatro robustas y bien proporcionadas columnas y cuatro arcos torales: se cubrió con una media naranja de madera, bien enlazada y ajustada, y firme al parecer de todos. »

Echase de ver por esta descripcion que la arquitectura de la Compañía es la misma que ha prevalecido hasta su destruccion; y en efecto, en el grosero dibujo que de ella presenta el padre Ovalle en su historia impresa, se ve la cúpula antigua y una torre alta y endeble en el mismo sitio que ocupaba la única que estaba concluida en su frente.

Aquella segunda y suntuosa iglesia de los jesuitas estaba destinada sin embargo á una existencia bien efímera, porque todo es aciago en su historia.

Hacia apenas diez y seis años que habia sido consagrada, cuando fué arrasada desde sus cimientos por el espantoso terremoto del 13 de mayo de 1627, que todavía conmemoramos. « El templo de la Compañía, dice el obispo Villaroel en su famosa carta al rey dando cuenta de aquella catástrofe, quedó *asolado todo*. Murió el padre José de Córdova, muy humilde y muy gran obrero. La iglesia de estos padres, añade el prelado, costaría cien mil ducados. »

IV.

Pero ya los jesuitas habian echado en el país por la riqueza y el dominio espiritual raíces demasiado profundas, para que las arrancase una sola catástrofe. Por esto su tercera iglesia, que es la que acaba de perecer por la cuarta vez, no hizo sino renacer mas vasta y mas suntuosa de sus escombros.

Empleóse cerca de medio siglo, ó gran parte de la segunda mitad del siglo XVII en reedificar la iglesia, pues aunque no tengamos sobre esto un dato fijo, la tardía manera como se ejecutaban aquellas obras nos autoriza para creer que solo en los primeros años del siglo pasado debió estar completamente habilitado el nuevo templo, con su inmensa torre en el frontispicio, sus bóvedas sepulcrales y su magnífico reló, la obra maestra del arte chileno, que hoy sirve todavía al público en la torre de Santa Ana.

V.

Pero aun esta nueva y magnífica construccion, de-

(1) El hermano Miguel de Teleña, cuenta el padre Ovalle (página 339 de su *Historia*) uno de los ocho fundadores de este colegio (y murió despues de haber trabajado muchos años en la iglesia que tenemos hoy de piedra, con grande edificacion y ejemplo) me solia contar varias veces que aquellos vecinos antiguos tenían un modo de zelos, unos con otros, sobre quién favorecia mas á la Compañía, en tanto grado, que se sentia cada uno de que se acudiese primero que á él á otro ninguno.

lante de la que la cathedral era solo un rancho pajizo, situado en un ángulo de la plaza y á distancia de dos cuadras (pues la actual iglesia metropolitana, que solo está separada de la Compañía por unas pocas varas, solo fué construida en la mitad del pasado siglo y parte del presente), tuvo tambien una existencia precaria. La fatalidad parece haber sido el simbolo funesto que ha presidido á la ereccion de aquellas bóvedas que antes cubrian un sótano de muertos, que cobijaron despues las cenizas de tantas personas ilustres ó queridas, trasladadas á su pavimento del cementerio general, y que hoy parecen haber sepultado en mil fragmentos el alma entera de los chilenos.

En la série de terremotos que comenzó el 8 de julio de 1730 y que se prolongó durante dos angustiosos meses, la nueva iglesia fué completamente arruinada, aunque su fábrica no se vino al suelo como en 1647. En el informe que levantó en una ocasion el obispo de Santiago y que publica Gay en los documentos de su historia (tomo 2º página 478) se cuentan con estas palabras los daños sufridos por el templo: « La iglesia de la Compañía, dice el obispo, era tambien de cal y canto y bóvedas de hermosa arquitectura, siendo la misma planta que la de esse collegio imperial; esta, es verdad, no se vino al suelo, mas han quedado tan desplomadas sus murallas y tan arruinados algunos arcos de sus bóvedas, la testera del altar mayor se descubre mas de una cuarta de desplome, y lo mesmo ha padecido la fachada de su puerta principal, como tambien la torre, que no solo se gastara mucho dinero en deshacer lo que se halla inservible, sino que será necesaria la direccion de persona muy práctica para echar abaxo lo arruinado, para que se eviten los riesgos de los que trabaxaren. »

Hase creído equivocadamente que esta segunda ruina fué causada por un incendio; mas este error está desmentido por el documento que acabamos de citar, y por las apariencias mismas que conservaba la iglesia antes de ser devorada por las llamas en 1841. Si hubiese sido incendiada hace un siglo, como se cree, la torre que se quemó en 1841 no habria tenido el aspecto vetusto que todos recordamos, y cuya fecha no podia ser sino anterior al siglo XVIII.

Pero á pesar de esto, la iglesia quedó en una condicion peor que si hubiese sido destruida; pues es seguro que en esa época los omnipotentes jesuitas la habrian reedificado por tercera vez con mayor magnificencia; mientras que ahora se limitaron á repararla sólidamente, dejándola con todas las imperfecciones arquitectónicas que la afeaban, y que han contribuido no poco á la catástrofe que lamentamos.

Habiendo quedado trizados ó deshechos la mayor parte de los arcos de las dos naves laterales, se reforzaron estos con murallas transversales, á las que se dejó solo un pequeño arco, mas como pasadizo que como adorno. De aquí salió la série de estrechas y deslucidas capillas oscuras que formaban las naves de los costados, arrebatando á la iglesia su espacio, su simetria, y junto con la perspectiva, la vista a los fieles. Solo las dos capillas de la entrada conservaron su primitiva bóveda, y de aquí viene que en cierto modo estuvieran aisladas de la iglesia, y sus puertas sin cómodo acceso á esta, pues formaban como dos cuerpos aislados. En el actual frontispicio de la iglesia que debió ser pintado en esa época, se lee medio borrada la cifra de CCLX (1760); pero el último no está legible. Esta fecha debe ser la de la reparacion de la iglesia despues del terremoto de 1730.

Desde entonces la Compañía dejó de ser un templo hermoso, ó para hablar con mas exactitud, desde entonces aquella iglesia fatal no fué sino una ruina disfrazada. Hoy mismo cualquiera puede distinguir á la simple vista que las murallas transversales de las naves de los costados se han despegado de los arcos que sostienen por la accion de dilatacion del fuego y su subsiguiente enfriamiento. Las murallas madres de toda la iglesia, sacudidas ya por la accion de varios terremotos, de dos incendios y de las construccion mismas que se han levantado sobre ellas, no pueden menos de estar en extremo debilitadas ó incapaces de resistir una nueva reparacion.

VI.

Las catástrofes de la Compañía no terminaron en sus deterioros de 1730. No hicieron al contrario sino cambiar de lugar, y desde sus altares derribados pasaron á las celdas de sus sacerdotes. Todos conocen la expulsion de la Compañía de Jesus, hecha de una manera tan sigilosa como cruel por órdenes de Carlos III. A las tres de la mañana del 26 de agosto de 1767, mas de 400 sacerdotes fueron arrancados á sus claustros y embarcados para Europa, pereciendo de ellos mas de 60 en un naufragio del cabo de Hornos.

VII.

Desde entonces la iglesia de la Compañía quedó en el corazon de nuestro pueblo como un monumento solitario de orfandad y de duelo. No tenia ni culto, ni sacerdotes, ni fieles. Decíase por el vulgo que sus moradores al tiempo de ser expulsados de su recinto, la habian maldecido y pedido al cielo que la destinara á grandes castigos. ¡Ay! ¡lo que no era sino la voz de oscuros agoreros, la mano del Señor lo ha convertido hoy en una tremenda profecía!

Solo en los primeros años de este siglo la Compañía,

segun tenemos entendido, comenzó á ser rehabilitada para el culto.

El fervoroso clérigo don Manuel Vicuña se hizo su gratuito capellan, y se consagró con tanto celo á las misiones que daba al pueblo, que mereció el báculo de Roma, y el amor de todos sus conciudadanos.

A contar de esa época, la Compañía se hizo el templo favorito de nuestra clerecía.

VIII.

Pero su mismo amparador tuvo el desconsuelo de verlo convertido en cenizas antes de haber desaparecido él mismo de la escena del mundo. ¿Quién no recuerda todavía el espantoso incendio del 31 de mayo de 1841, que redujo a escombros de maderos encendidos, la iglesia que hoy no es sino un escombros de huesos humanos?

Hé aquí cómo un corresponsal del mismo diario (*Mercurio* del 3 de junio de 1841) para cuyas enlutadas columnas escribimos hoy apresuradamente estas líneas, cuenta aquella calamidad:

« Como á las diez de la noche, dice, uno de los superiores del Instituto creyó sentir humo en su habitacion, que está contigua á la capilla de la iglesia, y temiendo la existencia del fuego, se dirigió á esta para averiguar su origen: mas al abrirla se convenció, por la inmensa cantidad de humo que remolineaba en su interior, que el fuego habia prendido dentro de la iglesia.

« Con la ayuda del sacristan abrió una de las puertas, adonde se abalanzaron las llamas que devoraban el techo mucho tiempo hacia por la extension que ocupaba. Las llamas corrian en todas direcciones, y muy pronto se apoderaron de la inmensa torre de madera que coronaba el frontispicio.

« ¡No hemos presenciado jamás espectáculo mas imponente y mas pavoroso! »

El celo público se despertó sin embargo en presencia de esta catástrofe de un modo tan ardiente para llevar á cabo la reedificacion de la iglesia, que solo puede compararse al unanime clamor que hoy se alza al cielo para pedir su demolicion (1). Y esta diferencia de impresiones no puede ser mas justa ni mas natural. En el primer incendio de la Compañía solo se habian quemado las imágenes de lienzo y madera que adornaban los altares favoritos del público devoto. Hoy lo que se ha quemado es un fragmento de cada hogar, se ha quemado un trozo de cada corazon, se ha quemado en una pira mas horrible que la de todas nuestras batallas, la sangre de los chilenos. Por eso la exclamacion de todos los labios es ¡abajo! ¡abajo! esas funestas murallas, porque ningunos ojos querrian ya contemplar aquel sitio que no es siquiera una tumba de seres queridos, sino el aparato del suplicio horrendo que nos arrebató tan caras vidas.

IX.

La reconstruccion de la iglesia de la Compañía por la cuarta vez es un hecho contemporáneo al que todos hemos asistido y que no necesitamos recordar. No deja de ser, sin embargo, una coincidencia singular la de que este último incendio haya tenido lugar en los momentos en que se ocupaban muchos obreros de hacer reparaciones y pintar toda la obra de madera del templo. Hacia solo unos pocos dias que habiamos visto los andamios que habian servido para pintar la encumbrada claraboya del templo. Pudiera decirse que el destino habia consentido en que se engalanase aquel edificio fatal para desplomarse para siempre sobre las vidas de sus fieles.

¿Se reedificará ahora la Compañía por la quinta vez? Esto es lo que resolverán los que tengan corazon de hombres y fe de cristianos, en vista de lo que todos saben y de lo que apuntamos á la ligera en este imperfecto bosquejo.

X.

Entre tanto nosotros solo repetiremos con el lapidario que talla en la losa la última cifra de un epitafio, las postreras palabras del canto cuya primera estrofa se lee en el epigrafe de esta triste reseña de ruinas y catástrofes:

La voz del himno ha cesado:
Duelo cubre y confusion
Al sagrario desolado;
Y la hija de Sion
Es un cadáver tiznado.

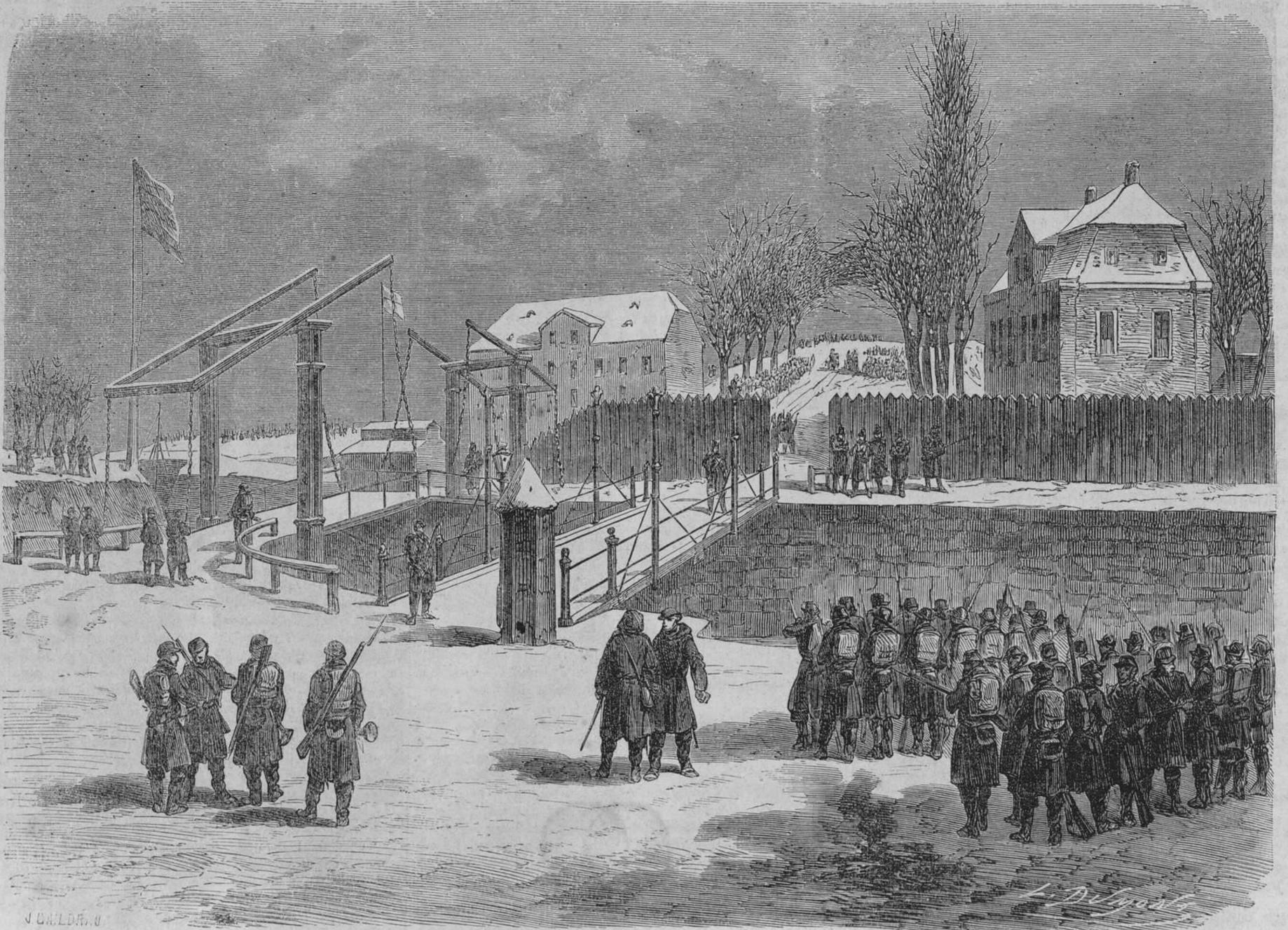
Santiago, diciembre 11 de 1863.

(El Mercurio del Vapor.)

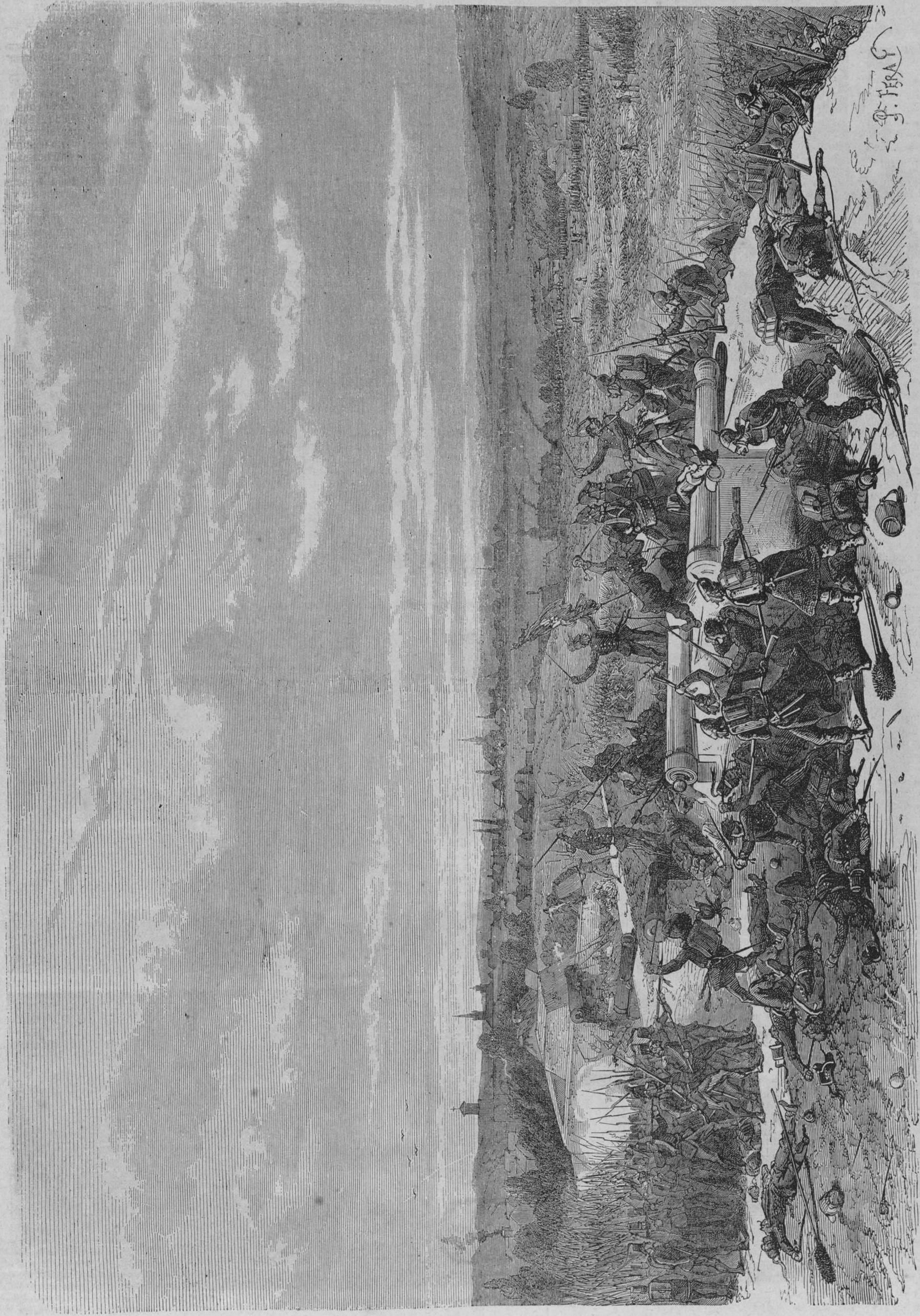
(1) Segun el *Mercurio* del 9 de junio de 1841, en la primera semana despues del incendio se reunieron 30,000 pesos para la reedificacion de la iglesia.



SLESWIG-HOLSTEIN. — El rey de Prusia inspeccionando las tropas á su salida de Berlin.



Evacuacion del puente de Rendsborg por los dinamarqueses.



SLESWIC-HOLSTEIN. — Toma del fuerte de Haddeby por las tropas prusianas.

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Pues lo siento en el alma, contestó M. Stryver.
 — ¿Porqué?
 — ¿No habeis oido lo que han dicho estos caballeros?
 — Sí.
 — Pues no preguntéis porqué.
 — Por el contrario, lo pregunto.
 — Pues bien, señor Darnay, os repito que lo siento por vos, y siento además que me hagais semejante pregunta. Ese marqués es un ser imbuido en pestilentes doctrinas, gangrenado por principios blasfemos, que abandona sus haciendas á la escoria de la sociedad, á una gente malvada que se entrega al asesinato en grande; ¿y me preguntais porqué siento que semejante estúpido sea conocido del hombre que instruye á la juventud? Solo tengo que daros una contestacion, señor mio; lo siento porque el contacto de ese perillan debe manchar á los que le tratan.

Cárlos ahogó su ira, aunque con mucho trabajo, recordando que habia jurado guardar su secreto, y dijo al abogado:

— Tal vez ignorais los motivos que mueven al marqués, y por lo tanto no podeis comprender...

— En todo caso, no ignoro la manera de cerraros la boca, señor Darnay, dijo el abogado interrumpiéndole; si ese canalla es verdaderamente hijo de noble estirpe, no comprendo su conducta ni quiero comprenderla. Podeis decirselo saludándole de mi parte y añadir que me extraña mucho que, despues de haber cedido sus bienes, no haya ido á ponerse á la cabeza de esos rústicos transformados en verdugos. Pero no, señores, dijo el orador mirando en torno suyo majestuosamente, sobrado conozco á los hombres para saber que semejante picaro no se fia de la clemencia de sus infames protegidos. Véase sino qué cuidado ha tenido en largarse y ser el primero en huir.

Despues de acentuar sus últimas palabras, M. Stryver salió á Fleet-street, en medio de la aprobacion de su noble auditorio, y Lorry y Darnay se quedaron solos en el despacho.

— Si conoceis al marqués, dijo M. Lorry, ¿tendreis la amabilidad de encargarnos de esta carta?

— Con mucho gusto.
 — Hacedme el favor de decirle que hemos hecho todos los esfuerzos posibles para descubrir su paradero, y que sentimos vivamente no haber podido entregarle mas pronto esta carta que se halla en nuestro poder hace muchos dias.

— Quedareis servido. ¿Partireis pronto?

— Sí, amigo mio, á las ocho.

— Volveré á despedirme.

Enojado de sí propio, del abogado y de la mayor parte de los hombres, Carlos se dirigió hácia el Temple, y cuando llegó á este sitio solitario, rompió el sobre de la carta y leyó lo siguiente:

Paris, cárcel de la Abadía, 21 de junio de 1792.

« Señor ex-marqués: Despues de verme expuesto á morir á manos de los habitantes de la aldea, me prendieron con violencia y me condujeron á Paris obligándome á hacer el viaje á pié. No os hablaré de lo que padecí por el camino, pues no es esto lo mas importante, pero os diré que han destruido mi casa desde sus cimientos.

« El único crimen de que me acusan, que me tiene en esta cárcel y por el cual voy á ser condenado á muerte si no sois bastante generoso para acudir en mi auxilio, señor ex-marqués, es el de haberme hecho culpable de alta traicion contra el pueblo obrando en nombre de un emigrado. En vano trato de manifestarles que obraba por el contrario en favor del pueblo al cumplir vuestras órdenes, que mucho antes del secuestro habia perdonado siempre, tambien por orden vuestra, el impuesto á los que no lo pagaban (y nadie lo pagaba), y que á pesar de no percibir el pago de los arriendos, me habia abstenido de perseguir á los deudores. Me contestan á esto, que sin embargo obraba por poderes de un emigrado, y me preguntan en dónde está ese emigrado.

« ¡Ah! ¿En dónde estais, señor ex-marqués? Os llamo en mis sueños, y os pido en nombre del Señor que acudais en mi auxilio. ¡Pero no me contestais! ¡Ah! señor, dirijo á Inglaterra esta súplica con la esperanza de que podrá llegar hasta vos por conducto de Telsone y compañía, banqueros muy conocidos en Paris.

« Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor os suplico, señor ex-marqués, que vengais á libertarme. Mi único delito consiste en haberos sido fiel, y por lo tanto os ruego ahora que no me abandoneis.

« Desde esta horrible prision donde por momentos me aproximo á la muerte, os protesta su lealtad vuestro respetuoso y afligido servidor — GABELLE. »

Carlos comprendió en seguida la causa del malestar que sentia; era el remordimiento por haber faltado á su deber. El peligro de aquel antiguo servidor, cuyo único crimen consistia en haberle sido fiel, se alzaba en su alma como un espectro acusador, y le dirigia tales reproches, que se cubrió el rostro para ocultar su rubor.

Sabia muy bien que en su horror al hecho que habia llevado al colmo la mala reputacion de su familia, en

su resentimiento hácia la memoria de su tío, y en su aversion á los bienes de que podia haber dispuesto, no habia obrado como debia; sabia muy bien que absorbido por su amor, si habia renunciado al cambiar de vida á los privilegios y á la riqueza que habia heredado, esta renuncia era incompleta y no tenia mérito alguno, y se decia para sí que, en vez de aquella cesion personal que ninguna formalidad habia sancionado, debia haber reconocido sus derechos, disponer de la fortuna de que era depositario y darle una aplicacion fecunda. En otra época habia pensado hacerlo, y al llegar la ocasion oportuna lo habia perdido todo por su indolencia.

Los goces del hogar doméstico, la necesidad de un trabajo continuo, las turbulencias que habian ocurrido en Francia, la rapidez de los acontecimientos y su instabilidad que destruia hoy los proyectos formados ayer, eran las razones que le habian impedido cumplirse á sí propio sus promesas. Habia cedido á las circunstancias, no sin acusarse y arrepentirse, pero sin hacer esfuerzos para luchar contra la corriente; esperaba el momento de obrar, pero la ocasion huia siempre, y esta vacilacion duró hasta la época en que los nobles tuvieron que huir de Francia y fueron confiscados sus bienes, destruidos sus castillos y anulados sus titulos.

Pero no habia oprimido á nadie, ni habia tenido á nadie en prision, y en vez de emplear la fuerza para tomar posesion de lo que le pertenecia, lo habia renunciado por su propio impulso. Despojado de todos los favores que debia á su nacimiento, se habia ganado la subsistencia con un trabajo decoroso. M. Gabelle, el administrador de las haciendas empobrecidas que poseia desde la muerte de su tío, habia recibido la orden escrita de su propia mano de tener consideracion con los aldeanos, y de darles la poca leña en invierno y el poco centeno en verano que les dejasen los acreedores. ¿No era esta conducta suficiente para que nada debiera temer?

Esta persuasion confirmó el designio que formaba Cárlos de partir para Paris.

Como al marino de la leyenda, las olas y los vientos le empujaban hácia el peñasco imantado que le atraia á su pérdida, y todas sus reflexiones le conducian á ella con mayor fuerza.

El estado penoso de su alma, cuya causa no acertaba á explicarse algunos momentos antes, procedia del mal que se habia cometido en sus haciendas. ¿Porqué habia abandonado á seres indignos la influencia que hubiera podido adquirir? ¿Porqué no estaba allí para contener la efusion de sangre y para hablar en nombre de la humanidad? Se acusaba de esto interiormente cuando habia comparado su flaqueza con el valor de M. Lorry en quien el sentimiento del deber suplía á la fuerza. A esta comparacion tan desventajosa para él habian seguido las insolencias de los nobles y las injurias del abogado que tan profundamente le habian ofendido, y por último, la carta de Gabelle, el grito de dolor de un inocente que le suplicaba en nombre de la justicia y del honor que acudiese en su auxilio.

Estaba resuelto; iria á Paris.

El iman le atraia con fuerza irresistible, no veia el escollo y no pensaba ya en el peligro. Le parecia que cuando llegase á Francia le bastaria probar sus buenas intenciones para ser creido por su palabra y alcanzar el consentimiento general. Le ocurría despues la idea de hacer bien, esa gloriosa perspectiva que se presenta á las almas generosas, y seducido por esta ilusion, se creia con bastante influencia para guiar la revolucion que corria con furia hácia nuevos delitos.

Cuando hubo madurado bien su proyecto, no pensó mas que en los preparativos del viaje. Lucía y el doctor no debian saber su partida hasta que estuviera lejos de ellos, pues de este modo evitaria á su esposa el dolor de la separacion y á M. Manette los vanos esfuerzos que indudablemente hubiera hecho para desviarle de su idea.

Cárlos continuó paseando hasta el momento de volver á casa de Telsone para despedirse de M. Lorry: tenia intencion de presentarse á su excelente amigo cuando estuviera en Paris, pero debia dejarle partir sin confiarle su secreto.

Vió delante de la casa un coche y caballos de posta y á M. Lorry con su traje de camino que esperaba las órdenes de su principal.

— He entregado la carta á quien iba dirigida, dijo Carlos á su amigo, y me ha dado la contestacion, pero no he consentido que la diera por escrito porque confiaba que os encargariais de trasmitirla verbalmente.

— Con mucho gusto, respondió M. Lorry; ¿no ofrece peligro alguno?

— Ninguno, aunque es para un preso de la Abadía.

— ¿Su nombre? preguntó M. Lorry abriendo la cartera.

— Gabelle.

— Está bien. ¿Qué se ha de responder á ese desdichado?

— Únicamente que se ha recibido su carta y que espere á la persona á quien escribe.

— ¿No le diré cuándo llegará?

— Partirá mañana por la noche.

— ¿No se ha de citar ningun nombre propio?

— Es inútil.

Carlos acompañó á su amigo hasta el coche, y cuando los caballos iban á partir, M. Lorry dijo asomandose á la portezuela:

— Expresiones á Lucía y á la niña; cuidadlas bien hasta mi regreso.

Cárlos movió la cabeza y le respondió con una sonrisa de duda.

Aquella noche (era el 14 de agosto) Cárlos, en vez de

acostarse cuando salió del salon, escribió dos cartas fervientes. En la primera, que iba dirigida á Lucía, explicaba el motivo de su partida, la imperiosa obligacion que tenia de ir á Francia, y demostraba claramente que nada debia temer; en la segunda, destinada al doctor, se extendia igualmente sobre su persuasion de que no corria peligro alguno; y finalmente, prometia al padre y á la hija que les escribiria tan pronto como llegase y que lo haria despues con frecuencia.

El dia siguiente fué doloroso para Cárlos, pues por primera vez desde que estaban casados, tenia un pesar que ocultaba á Lucía, y le era muy costoso conservar el secreto. A cada instante se veia tentado á revelárselo, porque le parecia extraño pensar y obrar sin el dulce apoyo que en ella encontraba; pero al verla tranquila y serena, ahogaba las palabras que pugnaban por salir de sus labios y continuaba disimulando su turbacion. Por penosa que le pareciera esta lucha, el dia trascurrió rápidamente. Por la noche dijo que tenia que salir y que tal vez volveria tarde; abrazó varias veces á su esposa y á su hija, sacó de casa la pequeña maleta que habia preparado en secreto, y se alejó con el alma mas triste que las calles sombrías y desiertas cubiertas de densa niebla.

Confió sus dos cartas á un amigo fiel, le encargó que no las entregase hasta las once y media, montó á caballo, tomó el camino de Douvres, y principió su viaje con el corazon desfallecido al recordar los seres queridos que abandonaba.

« Por amor de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor » murmuraba; y recobrando fuerzas al repetir estas palabras de desesperacion, corrió hácia el escollo sin que ningun sentimiento fuera bastante poderoso para apartarle de su atraccion irresistible.

LIBRO TERCERO.

LA TEMPESTAD.

CAPITULO PRIMERO.

EN EL SECRETO.

El viajero que en el mes de agosto de 1792 iba de Inglaterra á Paris acometia una empresa difícil y llena de peligros.

Aunque el monarca de Francia hubiera reinado con toda su gloria, el deplorable estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos habria sido mas que suficiente para retardar al viajero; pero las circunstancias politicas oponian á la rapidez de su marcha obstáculos de mayor gravedad. Encontrabase á la puerta de las ciudades y en la entrada de las aldeas una partida de ciudadanos patriotas, armados de fusiles nacionales, prontos siempre á hacer explosion, que detenian á los que entraban y salian, les hacian sufrir interrogatorios tras interrogatorios, examinaban sus pasaportes, buscaban sus nombres en las listas que poseian, les dejaban pasar, les enviaban al punto de donde habian venido, ó los ponian en la carcel, segun la imaginacion del tribunal improvisado lo juzgaba mas favorable al nacimiento de la República una é indivisible y al advenimiento de la divisa: ¡libertad, igualdad, fraternidad ó muerte!

Apenas habia andado Cárlos Darnay algunas leguas por Francia, cuando se convenció de la imposibilidad en que se hallaba de retroceder antes de llegar á Paris á recibir un certificado de civismo. Nuevos incidentes le obligaban á continuar su viaje, no porque se hubiesen cerrado en el camino puertas ó barreras, sino porque veia que por momentos se alzaba entre él y la Gran Bretaña un obstáculo insuperable. Aunque le hubiesen cogido en una red ó le hubieran trasportado en una jaula á su destino, no habria estado mas convencido de que habia perdido su libertad.

La vigilancia recelosa de los patriotas no le entorpecía tan solo de una puerta á otra, sino que corria tras él y le conducía al punto de partida, le precedía y detenía anticipadamente, le servía de escolta y paralizaba su marcha.

En una palabra, habian trascurrido algunos dias desde su llegada á Francia, y estaba aun lejos de Paris cuando, no pudiendo sufrir mas, hizo noche en una pequeña ciudad por la cual cruzaba la carretera.

Y ni siquiera hubiese llegado hasta allí á no haber sido por la carta de Gabelle; pero las dificultades sin número que le habian opuesto en el último cuerpo de guardia le inducian á pensar que se acercaba á un punto crítico de su viaje. No le causó pues gran sorpresa cuando entraron en su aposento á despertarle á media noche.

Era la autoridad local; un funcionario tímido, acompañado de tres patriotas con gorro encarnado y que, con la pipa en la boca, se sentaron sin cumplidos sobre la cama del viajero.

— Emigrado, dijo el funcionario, os envío á Paris bajo escolta.

— Precisamente mi mayor deseo consiste en llegar á Paris, ciudadano, pero no necesito la escolta.

— ¡Silencio! gritó uno de los hombres de gorro encarnado golpeando en la cama con la culata del fusil. ¡Calla, aristócrata!

— Como dice este buen patriota, añadió el funcionario, sois un aristócrata, y por eso necesitais una escolta, y vos la pagareis.

— Me someto, porque no tengo libertad para elegir, respondió Darnay.

— ¡Elegir! ¿Oís lo que dice? exclamó el del gorro encarnado; como si no le hicieran un favor no colgándole de una linterna.

— Tiene razón este buen patriota, repitió el funcionario. Emigrado, levantaos y vestios inmediatamente. Carlos fue conducido al cuerpo de guardia donde fumaban, bebían ó dormían otros ciudadanos cubiertos con sus correspondientes gorros encarnados. le obligaron á entregar una cantidad bastante crecida para pagar la escolta, y se puso en camino á las tres de la mañana.

Dos patriotas á caballo, con gorro encarnado, escapapela tricolor y armados con el sable y fusil nacionales marchaban al lado de Carlos Darnay. Este dirigía su caballo, pero había una cuerda atada á la rienda cuyo extremo llevaba arrollado en el brazo uno de los hombres de la escolta.

De este modo cruzaron la ciudad mientras llovía á torrentes, y de este modo salieron al campo que parecía un inmenso pantano, sin modificar las precauciones y acelerando tan solo el paso de los caballos.

Viajaban de noche, hacían alto una hora ó dos antes de amanecer, y descansaban hasta la caída de la tarde. Los dos hombres de la escolta, para no mojarse tanto, se cubrían las piernas y los hombros con paja torcida.

A pesar de la contrariedad de llevar semejante cortejo y del peligro á que le exponía uno de sus custodios que, en medio de su embriaguez crónica, llevaba el fusil en una dirección nada tranquilizadora, Carlos no perdió la confianza que tenía en sus antecedentes.

— Nada de todo esto me concierne en particular, decía para sí; es una medida general cuyo rigor se desvanecerá ante los hechos especiales que expondré en mi abono y que confirmará el pobre Gabelle.

Pero cuando llegaron por la noche á Beauvais no pudo disimularse el aspecto alarmante que tomaban sus negocios. La multitud se agrupó en torno de los caballos de posta para contemplar á los viajeros, y se oyeron gritos nada lisonjeros.

— ¡Abajo el emigrado! gritaban. ¡Muera el aristócrata!

Darnay que iba á desmontar permaneció en la silla, donde supuso que estaría con mas seguridad.

— ¡Un emigrado! dijo; ¿no veis que estoy aquí, en Francia, por mi propia voluntad?

— ¿Pues qué eres? preguntó un herrador que con el martillo en la mano se acercó al viajero, ¿qué eres mas que un emigrado, un perro aristócrata?

El maestro de postas impidió que aquel hombre se apoderase de las riendas del caballo, y le dijo con tono conciliador:

— Déjale, amigo mio, déjale; será juzgado en París.

— Sí, juzgado, repitió el herrador enarbolando el martillo, y condenado como traidor.

La multitud lanzó un alarido de aprobación.

Carlos Darnay detuvo al maestro de postas en el momento que este guiaba al caballo hácia el patio de la posada, y dijo á la turba cuando cesó la gritería:

— Os engañan, ó estais equivocados; yo no soy un traidor.

— ¡Miente! gritó el herrador; desde el decreto es traidor segun la ley, y su vida pertenece al pueblo.

Carlos Darnay vió brillar la indignación en los ojos de los que le rodeaban, la multitud hizo un movimiento, y hubiera sucumbido, si el maestro de postas no hubiese tomado de las riendas al caballo para entrarle en el patio.

Los dos ciudadanos que componían la escolta, y que hasta entonces habían permanecido inmóviles, siguieron al aristócrata, y el posadero cerró la puerta y se apresuró á pasar los cerrojos.

Apenas se había terminado esta operación cuando el martillo del herrador cayó sobre la puerta con sordo estruendo, la multitud lanzó gritos de muerte y se alejó sin llevar adelante sus hostilidades.

— ¿Qué decreto es ese de que ha hablado el herrador? preguntó Carlos al maestro de postas despues de darle las gracias.

— El que ordena la venta de los bienes de los emigrados.

— ¿Cuándo se ha publicado?

— El día catorce.

— ¡Y el quince partí de Inglaterra!

— Hay mas; se dice que los emigrados son desterrados del territorio y condenados á muerte si vuelven á Francia. Por eso decía el herrador que vuestra vida pertenecía al pueblo.

— Pero ¿existen esos decretos?

— ¿Qué sé yo? respondió el maestro de postas encojiéndose de hombros; si no se han publicado, se publicarán, que es lo mismo.

Se acostaron en un pajar y se pusieron en camino cuando la ciudad estuvo silenciosa, esto es, á una hora avanzada de la noche.

Entre los numerosos cambios que habían experimentado los detalles de la vida ordinaria, uno de los que mas contribuían á dar á aquel viaje nocturno un sello fantástico era la falta de sueño. Despues de espolear largo rato al caballo en la oscura carretera, nuestro viajero y su escolta llegaban á algun pobre lugarejo, donde, en vez de las tinieblas, se veían luces en las ventanas, y los habitantes bailando en torno de un árbol de la libertad y repitiendo cantos patrióticos.

Afortunadamente se durmió aquella noche en Beauvais. Los tres jinetes salieron de la ciudad sin tropiezo, y se encontraron en medio del camino, con un frío pre-

coz y entre campos estériles, cuya monotonía interrumpían los restos ahumados de casas que el fuego había destruido, las bruscas apariciones de las emboscadas y los altos violentos exigidos por las patrullas que recorrían la carretera.

Al amanecer llegaron por fin á las murallas de París. El rastrillo estaba cerrado y custodiado por una fuerza numerosa.

— ¡Los papeles del preso! dijo con voz breve una de las autoridades de la guardia que había sido llamada por el centinela.

Carlos Darnay, ofendido naturalmente al oír aquel nombre desagradable, suplicó al jefe con amabilidad que observase que era un ciudadano francés y que viajaba libremente, bajo una escolta en efecto, pero exigida por la situación del país y pagada de su bolsillo.

— ¡Los papeles del preso! repitió el mismo individuo sin prestar la menor atención á las palabras del viajero.

El patriota de la embriaguez crónica llevaba en el gorro los papeles y los entregó á quien los pedía.

El jefe se turbó al reconocer la letra de Gabelle, manifestó alguna sorpresa y clavó en M. Darnay una mirada profunda y escudriñadora.

Sin embargo, entró en el cuerpo de guardia sin pronunciar una palabra dejando á la escolta fuera del rastrillo.

Nuestro viajero examinó en tanto lo que pasaba en torno suyo, y vió que la guardia que había en la puerta se componía de algunos soldados y de muchos patriotas, que los carros de legumbres y otras mercancias, los campesinos y los traficantes de toda clase que abastecían la ciudad, entraban sin estorbo, pero que era muy difícil la salida hasta para las personas de la infima plebe.

Una multitud compacta de hombres y mujeres de diversas condiciones, sin hablar de los animales y vehículos de toda clase, esperaban que los permitieran el paso; pero el examen previo de los individuos cuya identidad se trataba de reconocer se practicaba con tanto escrúpulo, que la multitud pasaba lentamente al través del rastrillo. Algunos de ellos sabiendo que tardaría largo rato su turno, se habían reclinado para dormir ó fumar, en tanto que los demás hablaban ó se paseaban. Hombres y mujeres llevaban el gorro encarnado y la escapapela tricolor, cuyo uso era universal.

Despues de media hora de esperar, Carlos vió salir nuevamente al jefe que había pedido sus papeles, el cual entregó á los dos patriotas un recibo del preso y mandó á este que desmontase.

El viajero obedeció, y la escolta se llevó su caballo y tomó el camino de Beauvais sin cruzar las murallas de París.

Carlos Darnay siguió al hombre que le había mandado desmontar, y entró en una sala del cuerpo de guardia que olía á vino y tabaco, y donde algunos soldados y patriotas dormidos ó despiertos, borrachos ó en ayunas, y entre uno y otro de estos diversos estados, yacían en los rincones, se apoyaban en las paredes ó estaban en pié en medio de la sala. La luz que les alumbraba, procedente á un tiempo de los últimos reflejos de una lámpara moribunda y de los primeros rayos de un cielo encaopado, oscilaba indecisa entre las sombras de la noche y la claridad del día. Se veían sobre una mesa varios registros, y delante de estos registros un hombre de maneras bruscas y de aspecto repugnante.

— Ciudadano Defarge, dijo preparándose á escribir y dirigiéndose al que acompañaba á Darnay, ¿es ese el emigrado Evremont?

— Sí, ciudadano.

— ¿Qué edad tienes, Evremont?

— Treinta y siete años.

— ¿Estado?

— Casado.

— ¿En dónde?

— En Inglaterra.

— ¿En dónde está tu mujer?

— En Londres.

— Es muy sencillo. Te han destinado á la cárcel de la Force, Evremont.

— ¡Justo cielo! exclamó Darnay. ¿Por qué delito y en nombre de qué ley me privais de la libertad?

El patriota levantó los ojos y miró al preso.

— Existen nuevos crímenes y nuevas leyes desde que partiste de Francia, Evremont, dijo con sonrisa cruel y tomando la pluma para escribir.

— Os suplico que observeis que he venido por mi propia voluntad para responder al llamamiento de uno de mis conciudadanos cuya carta teneis. Vengo con la intención de justificarme, y pido que se me permita hacerlo sin dilación; ¿no estoy en mi derecho?

— Los emigrados no tienen ningun derecho, respondió con dureza su interlocutor que continuó escribiendo, leyó el auto de prisión, puso arenilla en el papel y se lo entregó al ciudadano Defarge diciéndole: « En el secreto. »

Defarge indicó al preso con la mano en que tenía el papel que le siguiese, y salieron del cuerpo de guardia escoltados por dos patriotas.

— ¿Sois vos, le preguntó el tabernero en voz baja cuando entraron en París, el que se casó con la hija del doctor Manette, antiguo preso de la Bastilla de execrable memoria?

— Sí, respondió Darnay mirándole con sorpresa.

— Yo me llamo Defarge y soy tabernero en el arrabal de San Antonio. ¿Habeis oído hablar de mí?

— Muchas veces; mi mujer fué á buscar á su padre á vuestra casa.

Las palabras mi mujer llamaron súbitamente al orden al ciudadano Defarge cuyo rostro se entristeció.

— En nombre de la guillotina ¿porqué habeis venido? dijo con impaciencia.

— Ya lo habeis oído hace un momento: ¿creeis que no es verdad?

— ¡Triste verdad para vos! dijo Defarge con expresión siniestra y fijando en él su mirada.

— En efecto, todo está tan cambiado, tan diferente de lo que existía en otro tiempo, que ya no reconozco nada; me parece que estoy en país perdido. ¿Quereis prestarme un servicio?

— Ninguno, dijo Defarge sin volver la cabeza.

— ¿Quereis al menos contestar á lo que voy á preguntaros?

— Segun lo que sea.

— ¿Podré comunicar libremente con el exterior desde esa cárcel adonde se me envia contra toda justicia?

— Ya lo vereis.

— ¿Van á sepultarme allí sin juzgarme, sin oír mi defensa?

— Ya lo vereis. Y aunque así sucediese, ¿qué os admira? otros han estado sepultados en cárceles peores que esa.

— No tengo yo la culpa, ciudadano.

Defarge le contestó lanzándole una mirada oblicua y siguió andando con mas rapidez.

Suponiendo Carlos que cuanto mas se prolongase el silencio menos esperanza tendría de enternecer al tabernero, se apresuró á añadir:

— Ya conocereis que es para mí de la mayor importancia dar aviso de mi llegada á un agente de la casa de Tellson de Londres, que se halla actualmente en París, y que sepa que estoy en la cárcel de la Force. ¿Quereis anunciárselo?

— No, respondió Defarge con tono brusco. Perteneczo al pueblo y á la patria, y he jurado servirles contra vosotros.

Carlos comprendió que sería inútil reiterar su súplica, y por otra parte, se lo impedía su orgullo.

Mientras andaba, y á pesar de los pensamientos que le distraían, pudo observar la indiferencia con que se veía llevar un preso. Era preciso un gran hábito para haber familiarizado á la multitud con este doloroso espectáculo, porque apenas los niños se volvían para mirarle. Un hombre bien vestido conducido á la cárcel era un objeto tan comun en aquella época como un jornalero que con el traje cotidiano se dirigiera á su trabajo.

Al pasar por una calle estrecha y llena de lodo, Carlos vió un fogoso orador que, encaramado en un banco, explanaba á su auditorio los crímenes que el rey y la familia real habían cometido contra el pueblo. Las pocas palabras que oyó anunciaron á Carlos Darnay que el rey estaba preso y que habían salido de París los embajadores de las potencias extranjeras.

Lo había ignorado hasta entonces; la vigilancia de que era objeto desde su llegada á Francia ni siquiera le había permitido saber las noticias mas vulgares.

Cuando partió de Inglaterra creía que tendría que superar algun peligro, pero no de tanta gravedad como los que había encontrado. Las dificultades habían crecido á cada paso, y lo crítico de la situación tomaba por momentos gigantescas proporciones. A buen seguro que no hubiera partido de Londres á haber sabido lo que le esperaba en Francia, porque encerrado en una cárcel, se veía imposibilitado de llevar á cabo su proyecto; pero su inquietud no era tan viva como lo creemos nosotros que estamos enterados de los acontecimientos que ignoraba. Por tenebroso que fuese el porvenir, era sin embargo lo deseado, y su oscuridad albergaba la esperanza. Las horribles ejecuciones, cuya duración debía cansar á los verdugos y manchar con sangre la época de la siega fecunda, estaban tan lejos de la mente de Carlos Darnay como si, en vez de algunas vueltas del cuadrante, hubieran debido trascurrir siglos enteros. Apenas había oído hablar de la guillotina; la masa del pueblo no estaba mucho mas enterada, y es probable que los actos espantosos que iban á realizarse ni siquiera habían sido adivinados por los hombres que debían ejecutarlos. ¿Cómo podía germinar el temor á estas crueldades en el alma de quien no podía concebirlas?

La prisión y sus padecimientos, los dolores de una separación cruel cuya duración no podía fijar, el pesar que sentirían los que le amaban, hé aquí lo que Carlos Darnay creía que era el colmo de sus desgracias, y con este pensamiento, bastante sombrío ya, llegó á la cárcel de la Force.

Abrió la puerta un hombre obeso y de cara abultada y rubicunda á quien Defarge presentó el emigrado.

— ¡Qué inundación! exclamó el hombre. Cualquiera diría que llueven emigrados.

Defarge tomó el recibo del alcaide sin hacer ver que había oído esta exclamación y se retiró con sus dos guardias cívicas.

— ¿Si vendrán mas aun? repitió el carcelero cuando salió el ciudadano.

— Ten paciencia, dijo su mujer que no estaba preparada para contestar á esta pregunta.

Tres dependientes que entraban en aquel momento añadieron á coro:

— ¡Por amor á la libertad, ciudadano!

Palabras discordes para los labios que las pronunciaban.

(Se continuará.)

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS.

SEGUNDA PARTE. — (Véase el número 579.)



Los primeros momentos de explicaciones son muy penosos para Criptógamo.



Pero puesto entre la vara y la pared, declara que renuncia á sus proyectos.



Elvira concede un paseo de reconciliacion.



Para distraer á su futuro, Elvira le canta la *Casta Diva*.



Criptógamo tomando el té sin mucho gusto.



Al concluir la taza, Elvira pide sonrojándose que se fije un día: Criptógamo fija el jueves y pregunta para qué.



Lo que está á punto de producir una crisis.



Sin embargo, Elvira, una vez sola, prepara sus galas para el jueves, y se prueba su corona de novia.



Y entre tanto Criptógamo toma sus chismes, cierra su puerta y sale para Marsella de noche.



Apenas se ve en el campo, Criptógamo respira.



En Nantes da tres vueltas al lago persiguiendo una mariposa. En Aviñon en vez de una mariposa coge un mochuelo.



En Arlés no coge nada.



Pero en Marsella se enzarza con una señora y un centinela.



No tarda Criptógamo en despedirse de la Europa, y se embarca con direccion al nuevo mundo.



Llegado á bordo del buque, se acerca con bondad á una señora desesperada.



¡ Es Elvira!... La situación cambia, y Criptógamo deplora haberse embarcado.



No obstante, para conjurar la tempestad, habla de su profundo amor y de la ingenuidad de sus intenciones.



Y Elvira le obliga á consignar sus juramentos en un pliego de papel sellado.



Elvira satisfecha viene á ser otra vez interesante y afectuosa.

(Se continuará.)

El corredor de playa.

(Continuacion.)

— No, tía; mejor era que me dejárais velar á mi toda la noche.

— ¿Porqué?

— Porque de ese modo me reemplazaríais por la mañana, y yo podría ir á la playa á vender la pesca como de costumbre.

— ¡Estás loca! repuso el anciano; ¿después de no haber dormido en toda la noche?

— No importa, ya sabéis que yo soy fuerte; ¿é iría á resentirme del trabajo cuando se trata de salvar la vida de un hombre? Por otra parte, el médico y las medicinas costarán algo, y ese infeliz no tiene dinero.

— En efecto, el doctor ha registrado sus bolsillos para ver si encontraba algún papel que nos indicase su nombre ó su morada, pero en vano; lo único que se le ha encontrado es una cadena de acero pasada al cuello, y en ella como una caja de plata; sin duda es una reliquia. No hemos sabido abrirla.

Bella en aquel momento se sobresaltó mirando á sus dos interlocutores con inquietud y asombro.

— ¿Quién me llama? murmuró. Escuchad, ¡me llama! ¡me conoce!

— ¡Isabela, Isabela! murmuraba el herido.

La jóven, sin aguardar mas, corrió hacia la escalera; su tía la detuvo exclamando:

— ¿Dónde vas, tonta? ese es el nombre de su hermana; la llama con mucha frecuencia en su delirio.

— Dejádmelo ver, tía. Yo entraré muy despacio, de puntillas.

Y siguió subiendo con precaucion hasta la puerta en cuyo dintel se detuvo. Después de contemplar un instante al enfermo, volvióse, y con la alegría pintada en el rostro, exclamó:

— ¡Duerme y sonríe!

— Vaya, me marcho; hasta luego, hasta luego, repuso Clara abandonando la cabaña.

— ¡Dios os guarde, tía mía!

IV.

Un venticillo frío soplabá del lado del Norte: el cielo estaba cubierto de nubes, y la mañana fría y desahagible.

Al pié de una elevada montaña de arena, en el sitio donde las dunas tocan ya á la playa, tres mujeres estaban acurrucadas una junto á la otra, como para protegerse mutuamente de la injuria del viento.

Al lado de ellas se veían otras tantas cestas, que vacías, indicaban que aquellas mujeres aguardaban una carga que trasportar.

Silenciosas é inmóviles como estatuas de piedra, tenían la mirada fija en el horizonte que terminaba el mar, interrogando con inquietud una nube negra que parecía salir del fondo de las aguas.

A excepcion del murmullo de las olas, nada turbaba el silencio solemne de aquellos sitios, sino los ecos alegres de un niño y una niña que subían y bajaban la montaña, dejándose resbalar por ella con trasportes de alegría.

Las mujeres parecían no cuidarse de aquellos juegos infantiles ni dar señales de vida hasta que el muchacho, de pié sobre la montaña, exclamó:

— ¡Ya viene padre! ¡Ya viene padre!

Las mujeres miraron todas en la direccion que señalaba el niño, y la mas jóven repuso:

— En efecto, ved allí un punto negro delante de la nube. Es su bote; el viento les es contrario, y tardarán aun media hora larga en llegar á la playa.

Dichas estas palabras, recobraron de nuevo su inmovilidad y reinó el silencio entre ellas. Sin embargo, la mas jóven, al cabo de un rato, preguntó, como si continuara el hilo de sus pensamientos, dirigiéndose á una de sus compañeras:

— ¿Es verdad que vuestro hijo Huberto va á casarse con una jóven que no es del país? No ha ido á buscarla poco lejos.

— ¿Y qué ha de hacer, Wanna (Juana), cuando no se encuentran muchachas en la comarca?

— ¿Y Bella Stock? repuso la tercera mujer.

— Sí, sí, Bella Stock. Hacía mucho tiempo que mi hijo había puesto los ojos en ella, á pesar nuestro; el pobre trabajaba como un desesperado para reunir un pequeño patrimonio, y él tenía ya redes, bote, y hasta había rogado á su padre que le ayudase á construir una cabaña; todo esto hacía creer que el muchacho pensaba casarse; por fin nos habló del asunto, y fuimos á pedir á Bella en matrimonio; pero ni ella, ni el viejo Stock, quisieron oír hablar de semejante cosa. Dijeron que Bella debía tardar en casarse aun cuatro ó cinco años, y en vista de esta contestacion, mi Huberto ha echado sus miras por otro lado, y reemplazará á su padre en calidad de marinero en la misma barca de José Strooms.

— Creo que el padre Stock es algo orgulloso: ya se ve, como posee algo mas que los otros pescadores.

— ¿Qué tiene mas que nosotros?

— Toma, la barca pertenece la mitad al padre Stock, y cuando la pesca va bien, él retira la quinta parte, de modo que si se sacan diez florines, hay siempre dos para el ciego; además los Stocks tienen un asno y una vaca, y todo esto hace que Bella sea orgullosa.

— No creais eso, Wanna, los Stocks son buenos, serviciales... ya sabéis cuanto ha sufrido el pobre ciego con todos sus hijos... de su numerosa familia no le queda mas que Bella, que la quiere con delirio, y en cuanto á la jóven, el cariño que profesa al pobre ciego no deja en su alma lugar á otro afecto.

— ¡Pobre Stock! ha tenido en efecto muchos pesares, dijo la jóven; y sobre todo, ¡perder la vista! No es extraño que Bella le quiera tanto, y no se case por evitarle un pesar.

— Así lo dice al menos; pero mirad, ¿no veis allá abajo, á lo largo de la playa, un bulto negro que corre á orilla del agua? parece un perro negro.

— Vuestros ojos empiezan á debilitarse: si ese es el cuervo de la playa.

— ¡Ah! Ko Sael. En efecto, sería extraño que llegase la barca sin hacerse él presente. Ea, tomad vuestras cestas, que ya llega.

Y las tres mujeres se dirigieron á la orilla del mar. Los niños corrían delante de ellas, cantaban y jugaban, siguiendo ó retrocediendo con las olas. El viento era frío: las mujeres recomendaron á los niños no mojarse; pero el muchacho, mas travieso que su compañera, saltaba en el agua haciéndola salpicar hasta su cabeza. De este modo aquella inocente criatura fortificaba su cuerpo luchando contra el viento y el agua, lo que probablemente sería el destino de toda su vida.

La barca sesgaba con rapidez al impulso del viento norte que azotaba uno de sus flancos, cortando las olas con una especie de frenesí, y en breve se balanceó á unos sesenta pasos de la arena.

Era una cosa notable la sangre fría de los pescadores y sus mujeres al volverse á ver. Estas preparaban sus cestas, aquellos recogían velas y clavaban ancla, y únicamente el niño, batiendo las palmas, daba á su padre la bienvenida.

Uno de los pescadores saltó de la barca y caminó entre las olas, con el agua hasta las rodillas, hasta ganar la playa: en su camino encontró al niño que le tendió los brazos, murmurando el nombre de padre. El marinero cogió al niño en sus brazos, y otro pescador, que le había seguido, hizo otro tanto con la niña, abrazándola con la mayor ternura.

Los marineros así, yendo y viniendo en el mar, descargaron toda la pesca.

— Parece, José, que la pesca no ha sido abundante, dijo entonces el corredor de playa, que se había aproximado; lo mas, lo mas, hay para tres cestas. Hola, y vienen buenas rayas, abadejos y rodaballos.

— Y hemos vendido ya á los oficiales de una fragata de guerra inglesa, replicó José arreglando el pescado en las cestas.

— ¿Y caro, sin duda? Porque los ingleses no conocen el valor del dinero. Cuando se les pide un florin, dan una moneda de oro.

— No, la venta ha sido razonable; pero nos han repartido una botella de excelente ron, que nos hubiera dado ánimo para ir con nuestro bote hasta Islandia.

— ¿Habeis ido muy adentro?

— Preciso, en la baja mar no había nada que pescar. Decid, Ko, ¿sabéis si hay algún contratista en Hooge?

— Esta mañana no había.

— Entonces tendremos que trasportar el pescado á Furnes. Oye, Juanillo, corre á casa del padre Stock y trae el asno al pié de las dunas.

El niño desapareció entre ellas.

— Ko, ¿qué ocurre por vuestras casas? ¿No hay novedad? preguntó José.

El interrogado le hizo una seña de inteligencia como imponiéndole silencio, y mientras él le miraba con asombro, Ko murmuró:

— Tomad vuestros avíos, José, y venios conmigo; tengo que deciros cosas importantes.

Las mujeres y los pescadores se despidieron de ellos hasta la tarde, hora en que debían reunirse de nuevo para volver al mar, mientras José se alejaba por camino opuesto con el corredor de playa.

— ¿Qué teneis que decirme, Ko? repuso José con aspereza. Vos nunca anunciáis nada bueno: ¿se ha puesto mala la tía Clara?

Entonces Ko refirió con todos los detalles la aventura del jóven herido, esforzándose en convencer á su compañero de que Bella había cometido una imprudencia introduciendo á un extranjero moribundo en su casa.

— ¿Y nadie sabe quién es?

— Nadie, es decir, yo creo que lo sé: he hablado esta mañana con Juan Zwynarts, que me ha contado una terrible lucha sostenida entre contrabandistas y gendarmes franceses. Ya sabéis que hace algún tiempo una partida de contrabandistas vaga por estos alrededores al mando de un jóven llamado Bosacg; pues bien, yo estoy seguro de que ese extranjero es Bosacg mismo, y como veis, no tiene nada de extraño que un hombre así tenga miedo al cadalso.

— Cierto; pero ¿cómo se explica entonces que no lleve ni una moneda consigo? segun vos decís, mas que ladron parece un hombre acometido por ladrones.

— No tal, los gendarmes han creído que estaba muerto, y le han llevado el dinero; lo que se encuentra sobre un cadáver es del primero que lo coge.

— La ley dice lo contrario.

— Es una invencion.

— Despachaos, Ko, estoy impaciente por saber en lo que para ese asunto; decís que el herido morirá.

— Sin duda, su cabeza está abierta por dos ó tres partes. Ha perdido mucha sangre, y tiene una fiebre terrible.

— ¿Le habeis visto después, segun eso?

— No; pero la tía Clara vino á buscarme ayer al medio día para rogarme que no dijera nada de lo ocurrido; el doctor ha sido el primero en encargar el secreto... yo no sé que temía. ¿Sabrán quizás que tienen al contrabandista en casa? en fin, es igual, yo no he de hablar de este asunto á nadie mas que á vos.

Y hablando así, llegaron por entre las dunas á un sitio en que atravesaba el camino otro sendero.

— No venis conmigo á casa del padre Stock? preguntó el pescador á Ko, que se detuvo en aquel sitio.

— No, voy antes á recorrer la playa de Coxyde; después volveré á saber como va; adios.

Y después de haberse alejado algunos pasos, se detuvo para exclamar:

— ¡Eh! José, no dejéis de ver qué lleva al cuello el herido: debe ser un reloj de oro, sin duda.

Y se separaron: el pescador continuó reflexivo su camino y habiéndose á sí propio. En el fondo de su alma existía una secreta aversion por los contrabandistas, que á favor de las tinieblas de la noche se apoderan de la hacienda ajena; pero el pensamiento de que iba á ver á un hombre moribundo oprimía su corazón.

Cuando estuvo delante de la cabaña del padre Stock, se detuvo un momento observando por la ventana, quedando sorprendido al encontrarlo todo con el orden y la calma habituales. El ciego hacia como siempre redes; Bella, sentada junto al hogar, mondaba patatas; la tía Clara cosía una blusa encarnada de José.

— ¿Qué es esto? se dijo José para sí. ¿El cuervo de la playa se ha burlado de mí? y entró en la cabaña.

— ¡Silencio, José, silencio! repuso Bella con acento ahogado: hay un enfermo en casa, no turbeis su reposo; dejad ahí vuestros avíos de pescar, y os diremos todo lo que pasa.

— Es inútil; Ko me lo ha contado todo. Es decir, que el herido no ha muerto aun.

— ¡No hables tan alto, imprudente! ¿Crees que estás en alta mar? refunfuñó la tía Clara; mira, debes estar cansado, vé á casa y acuéstate.

— ¡Muerto! curará, estoy segura, replicó la jóven con alegría. Hasta ayer tarde estubo muy malo; su delirio denotaba la gravedad de su fiebre; pero ya se va tranquilizando: ha dormido cerca de seis horas, y al presente su respiracion es casi natural, y la fiebre ha disminuido mucho.

— ¿Sabéis quién es, Bella?

— No; sé únicamente que es jóven y está bien vestido.

José entonces se acercó, y con acento misterioso repuso:

— ¡Es Bosacg, el jefe de los contrabandistas!

Bella palideció, la aguja cayó de manos del ciego, y la tía Clara pudo apenas comprimir un grito de estupor.

— ¡Bosacg!

— ¡El jefe de los contrabandistas!

— ¡Ese hombre que ha muerto ya cuatro ó cinco personas, porque querían cerrarle el paso, como ordenaba su deber!

— ¡Un asesino! No, no, no puede ser.

Y bajo la impresion de esta nueva inesperada, todos olvidaron que el rumor de sus exclamaciones podia despertar al enfermo.

— ¡José, José! ¿quién os ha dicho eso? preguntó la jóven con acento trémulo.

— Ko Sael.

— ¿Y le habeis creído?

— Pero, querida Bella, tenga ó no razon, el que nada sabe está obligado á creer lo que le dicen; á Ko se lo han dicho tambien. Dicen que hace dos noches hubo en las dunas, entre gendarmes franceses y contrabandistas, un encuentro.

El ciego parecía sumido en serias reflexiones: las mujeres se miraban con ansiedad.

— ¿Cómo le haremos salir de aquí? murmuraba la tía Clara con angustia. Si alguno de nosotros fuese á Furnes á prevenir á la autoridad.

— No habeis de eso, tía. Se llevarian á ese desgraciado sin precaucion, y moriría en el camino.

— ¡Un asesino, Bella!

— Puede arrepentirse, y si muere ahora, su alma se perdería sin remedio. ¡Ah! ya viene M. Darings, él nos aconsejará.

El médico dejó sobre la mesa su sombrero y su baston, y con sonrisa de bienestar exclamó:

— Qué bien se encuentra uno aquí. Mejor que en el camarín de una condesa. ¡Qué agradable aroma!

— Son esos ramilletes de flores silvestres que hay sobre ese armario, dijo la tía Clara.

— ¿Y á eso llamáis flores silvestres? son flores de la estacion. Haced bien, hija mía, prosiguió dirigiéndose á Bella, de embellecer con las galas de la naturaleza la morada del pobre. ¿Y nuestro herido, cómo está? Os encuentro triste, ¿sigue peor?

— No, señor, duerme hace mas de seis horas.

— ¡Hola! mucho dormir es; le despertaremos á ver si ese sueño es natural.

Y todos, siguiendo al doctor, penetraron en la cámara del enfermo. M. Darings escuchó la respiracion, tomó su pulso, tocó su frente y repuso:

— Su sueño parece natural, y la fiebre casi ha desaparecido; ahora respondo de su curacion.

De repente el enfermo despertó abriendo desmesuradamente sus rasgados ojos. Miró al médico con aire extraviado y murmuró:

— ¿Dónde me encuentro? ¿quién sois?

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas fiestas del carnaval. — Aun no se han decretado las modas de primavera. — Se habla de la casaca de tafetan del tiempo del Directorio á guisa de paletó. — Recuerdos de la moda á propósito de tres bailes de trajes en casa de la duquesa de Bassano, en el ministerio de Negocios extranjeros, y en los salones de la duquesa de Morny. — Varios cuadros á la pluma de trajes artísticos. — La joven Aurora; la Margarita de Fausto; la princesa Carlovíngia; Luis XIV en su minoría; Diana cazadora; una gitana, una circasiana, y el dominó napolitano. — Sombreros del día. — Sobre los vestidos. — Cuatro palabras acerca de la lencería; los aderezos Referendaria y Dubarry; la guimpe Pernavan, el fichu Luis XIII, y la casaca Montespan, para cuerpos escotados. — Descripción del figurin, que representa dos bonitos trajes.

Acordemos á las fiestas del carnaval los mas graciosos recuerdos de la moda.

Por otra parte, ¿qué podríamos decir de las modas actuales? No hay nada decretado aun en punto á modas de la primavera.

Los nuevos modelos se preparan, pero aun no se sabe nada de positivo, sino que se van á llevar casacas de tafetan, de moaré, de encaje y de cachemira, como en tiempo del Directorio.

Es la casaca de los Increíbles, con faldones en escape por detrás, y el talle rodeado con una faja anudada al lado.

Con las botas, el chaleco, la chaquetilla, la corbata y los sombreritos con escarapela y plumero, las bellas damas de París van á parecer unos señoritos.

Esperemos pues, y entre tanto hablemos de tres bailes de trajes que han tenido lugar en casa de la duquesa de Bassano, en el ministerio de Negocios extranjeros, y en los salones de la duquesa de Morny.

Lo que ante todo debe interesar á mis amables y hermosas lectoras de ultramar, es la descripción del traje y el nombre de la señora que le llevaba. Con la pintura de una vestidura artística, histórica ó de capricho, se puede hacer una copia exacta de los prendidos que lucían las damas de la corte.

Tomemos los pinceles y comencemos la obra.

Ya hemos hablado en nuestra revista anterior de tres trajes que entonces estaban en la casa de la modista, y que despues han sido admirados en la corte, á saber: el traje de la joven Aurora, el de la Margarita del Fausto, y el de la época de Carlomagno, emperador de Occidente. Hé aquí otro que ha entrado en competencia con estos tres:

Era este último el de Luis XIV en su minoría, cuando toda su ambición se resumía en conquistar una mirada de la tierna y lánguida Lavalliere.

Este aristocrático traje de Luis XIV, casi el de Don Juan de Austria, ha puesto en relieve en el baile de la duquesa de Morny la belleza elegante, típica y original de madama Ernest Feydeau. A porfía todas las señoras querían bailar con este nuevo Luis XIV, y le dirigían para ello las insinuaciones mas provocadoras.

En cuanto á madama Ernest Feydeau, bailaba graciosamente, como el joven rey Luis en Versalles, cuando estaba en todo el brillo de la juventud.

Hagamos la descripción de este traje. Representense mis lectoras un justillo y un calzon de raso blanco bordados de espigas de oro, los atributos alegóricos del joven rey, antes de que se apropiara los del Sol.

El cuello, tambien de raso blanco, llevaba el mismo bordado de espigas, y estaba sostenido por un cordón de oro.

La camisa muy hueca de fina batista, llevaba una chorrera de punto de Venecia, y un gran cuello cuadrado de igual encaje que se destacaba sobre el justillo. Los puños eran de punto de Venecia, y el bajo del calzon iba guarnecido del mismo encaje que flotaba hasta el tobillo.

Un sombrero Luis XIV de fieltro blanco galoneado de oro con copos de pluma blanca, y zapatos de raso blanco con altos tacones y lazos de raso blanco y hebilla de oro, completaban este traje.

Tambien llamaba mucho la atención una Diana cazadora, copia exacta de un cuadro de la época. Este traje se compone de una falda de muselina de la India con estrellas de plata, cubierta con una túnica de raso azul tejido de plata. Cuerpo flotante en armonía con las dos faldas.

Por cinturón un círculo de plata bruñida. Al lado la piel de tigre tradicional.

El arco, las flechas y todos los atributos de la Diana cazadora, de plata labrada y grabada.

El tocado á la antigua estaba adornado de banderolas de plata, con media-luna de plata en medio de la frente.

Entre los trajes restantes, citaremos: — Uno de gitana con dos faldas de tul negro la una, y la otra de raso azul.

La primera estaba sembrada de estrellas diabólicas de mil colores, y la túnica de raso estaba adornada de cabezas de mochuelo en cada abertura de los paños separados y flotantes.

El tocado y el collar, de cequíes de oro.

— Otro de señora circasiana, lujosa mezcla de terciopelo, raso, oro y pieles, que componían un conjunto de una magnificencia extraordinaria.

Una diadema de oro sostenía un largo velo que caía por detrás hasta el bajo de la falda.

Dos trenzas de cabellos sembradas de perlas de oro completaban el tocado.

— Hé aquí un Marte, el dios de la guerra, que se nos aparece en una persona de sorprendente hermosura.

La coraza y el escudo son de una tela que simula el acero, con bordados de oro que representan todos los atributos de la guerra.

La falda es una túnica flotante de raso blanco bordado de oro y que cae hasta media pierna.

Sandalias atadas con correas de acero. Casco de aluminium orlado de encarnado con el cabello natural que cae en forma de crines.

Me queda por describir un último traje muy conveniente para llevarle sobre un vestido de baile cuando se quiere conservar la careta de terciopelo: es el dominó napolitano.

Este dominó es de crespon liso, maíz, malva, blanco, azul, rosa, verde ó grosella con capucha cuadrada guarnecida de Inglaterra formando el tocado característico de las napolitanas.

La capucha va sujeta con alfileres napolitanos que caen en bolas de oro por delante y por detrás.

Todos los contornos del dominó están guarnecidos con un volante de crespon con ruche por arriba.

Despues de estas noticias sobre trajes de máscara, voy á tratar de las novedades primaverales en punto á sombreros.

Hé aquí los modelos mas notables que he visto hasta ahora:

Un sombrero de crespon blanco bordado de tréboles de musgo blanco que dejan caer dos gotas de rocío de cristal. El bavolet se compone de un grueso bullón de crespon con un lazo de tafetan blanco. En el interior lazo de terciopelo lapislázuli.

Otro de crespon blanco con un sembrado de perlas de cristal. Una pluma de pelícano cae sobre el casco sostenida por un pouff de pluma de pavo real enlazado en terciopelo verde. El bavolet de terciopelo verde lleva un rizado del mismo terciopelo. Al borde del ala una Emperatriz de perlas de cristal cae en el interior sobre un bandó de cocas de terciopelo verde, atravesado por un ramaje de claveles blancos.

Otro de crespon gris perla bordado de estrellas nacaradas. Un fleco Tom-Pouce de perlas brillantes rodea el borde del sombrero y del bavolet. Una mata de brezo de pluma gris perla, húmeda de perlas de cristal formando rocío, es el único adorno de este lindo sombrero. El mismo adorno se repite en el interior.

El corte de los vestidos es el mismo siempre.

La falda aplastada sobre las caderas y muy ancha por abajo con ornato arquitectónico de pasamanería, de terciopelo, de musgo ó de cinta.

Las mangas han venido á ser tan estrechas, que ha sido preciso que la lencería se ponga á sus órdenes.

Las mangas interiores que se usan hoy se parecerían á las de las camisas de hombres, si no llevaran un encaje de Valenciennes.

Está muy en moda el aderezo Referendaria de batista con cuello de Valenciennes. Las mangas tienen un puño diminuto y una vuelta de Valenciennes.

Tambien se lleva mucho el aderezo Dubarry, compuesto de un terciopelo negro cubierto de flores de aplicación de Inglaterra y formando una corbata cruzada á guisa de cuello. El encaje sobre el terciopelo produce un efecto lindísimo en colores claros, como grosella, azul, malva, verde y amarillo oro.

Muchos vestidos escotados se guarnecen de lencería lujosa. Los modelos mas notables son estos:

La guimpe Pernavan con doble chorrera de Malinas ó Valenciennes.

Este camisolin es elegantísimo, cuando se lleva con él una chaquetilla redonda.

El fichu Luis XIII, de tul blanda con florecillas orlado de an-

chos medallones de Chantilly formando ondas en su derredor con guarnición ondulada de dos blondas separadas por un encaje negro.

Por último, la casaca Montespan, de encaje blanco ó negro, pues esto depende del gusto ó del capricho.

Esta casaca tiene un faldón de encaje por detrás y solapas sobre el pecho. Las mangas son abiertas con volante de encaje alrededor.

Despues de la casaca Montespan vendrá la del Directorio; tal es al menos el rumor del día.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin, que representa dos hermosos trajes.

El primero se compone de un vestido de moaré antiguo gris. Cada uno de los paños de la falda está abierto desde abajo hasta una altura de 30 centímetros. Por ambos lados están ondeados sobre un fondo de raso pensamiento cubierto con un rico adorno de pasamanería acompañado de borlas de musgo y seda.

El cuerpo va cortado por abajo como la falda, y estos recordados acaban bajo los brazos y dejan ver un chaleco de raso pensamiento, chaleco que no está mas que figurado.

Por detrás describe una faldeta postillon con dos pliegues huecos. Mangas medio ajustadas guarnecidas con un jockey ondeado y abiertas en medio para recordar el estilo del adorno de la falda.

Cuello y mangas Referendaria de batista y Valenciennes. Redecilla de tul negro con diadema de rosas de terciopelo violado. Babuchas de terciopelo violado orladas con un sesgo de raso del mismo color, con cordón de pasamanería.

El segundo prendido es de baile y se compone de una primera falda de tarlatana terminada por tres volantes plegados sencillamente, y que llevan una jareta por la cual pasa una cinta de color de rosa. Sobre esta falda cae un bonito vestido de tafetan rosa toda rizada con tafetan recortado, como una orla de claveles.

El cuerpo se llama *Diavolina*, en recuerdo de la Mourawieff. Un camisolin de tarlatana pasa y sigue los contornos escotados del pecho y de los hombros. Lazos de tafetan de color de rosa forman hombreras sobre la manga.

En la cabeza guirnalda de claveles color de rosa sujeta sobre el rodete, con un lazo de tafetan rosa. Zapatos de tafetan blanco con tacones rosa y lazos del mismo color.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La duquesa de Parma.

Acaba de morir en Venecia la duquesa de Parma, y su fallecimiento ha causado naturalmente honda sensación en donde quiera se conservan vivos los sentimientos monárquicos.

Luisa María Teresa de Francia, hija del duque de Berry, nació el 19 de setiembre de 1819, un año menos algunos días que su hermano el duque de Burdeos, hoy expatriado y conocido con el nombre de conde de Chambord. No tenía aun seis meses cuando su padre fué asesinado en la Opera, el día 13 de febrero de 1820. En su larga y memorable agonía, llena de rasgos conmovedores que Chateaubriand ha sabido referir con tanta verdad, el duque de Berry quiso que le llevasen su hija, y tomándola en sus brazos para abrazarla por última vez, le dijo: — Pobre niña, plegue á Dios que seas tú mas feliz que los de tu familia. La pequeña princesa pasó todavía diez años en Francia participando de la educación de su hermano, á quien quería muchísimo. Entonces se la llamaba *mademoiselle*, título de las princesas mas allegadas á la sucesión al trono. Era hermosa, revelaba talento, y en todo daba á conocer una precocidad especial. La revolución de 1830, que declaró proscrita la rama mayor de los Borbones, la obligó á andar errante por Europa, antes de fijarse definitivamente en Austria.

Por lo tanto, estuvo en Edimburgo, Praga, Goritz, y en el palacio de Frohsdorf, cerca de Viena. La duquesa de Angulema la tomó por hija adoptiva y la sirvió de segunda madre despues del casamiento de la duquesa de Berry con el conde siciliano Lucchesi Palli. En Frohsdorf, la princesa casó con el hijo del duque de Parma, matrimonio negociado por la emperatriz de Austria, que profesaba un cariño á toda prueba á su sobrino el príncipe de Parma. Este matrimonio no dejó de ir acompañado de algunos sinsabores, á causa del carácter impetuoso del joven duque. La duquesa, mas grave y sesuda, aunque de festivo humor, se condujo muy dignamente, sobrellevó con honra las dificultades de su posición, y se dedicó con preferencia á la educación de sus cuatro hijos.

La princesa Margarita, que es la mayor de las dos niñas, tiene ahora diez y siete años; y el niño mayor, el duque Roberto I, tiene quince.

Elevada por abdicación del anciano duque de Parma al gobierno de ese pequeño ducado, que era entonces un foco de mazinismo, la princesa se esforzó en aconsejar á su esposo; pero la hostilidad que iba cundiendo contra todos los príncipes italianos, y en especial contra este, estalló por medio de un horrible atentado: el duque fué asesinado en 26 de marzo de 1854, en una calle solitaria, por un desconocido que no ha podido ser descubierto. El príncipe sobrevivió tan solo veinte y cuatro horas. Y haciendo un supremo esfuerzo, se dirigió á su esposa que estaba inclinada sobre el moribundo, y le dijo: — ¡Oh! ¿No es verdad, Luisa, que volveremos á vernos, para ser felices juntos? — Si: en la eternidad, le contestó la princesa, para dejarle entrever la verdad; y luego, alentándole animosamente para su fin

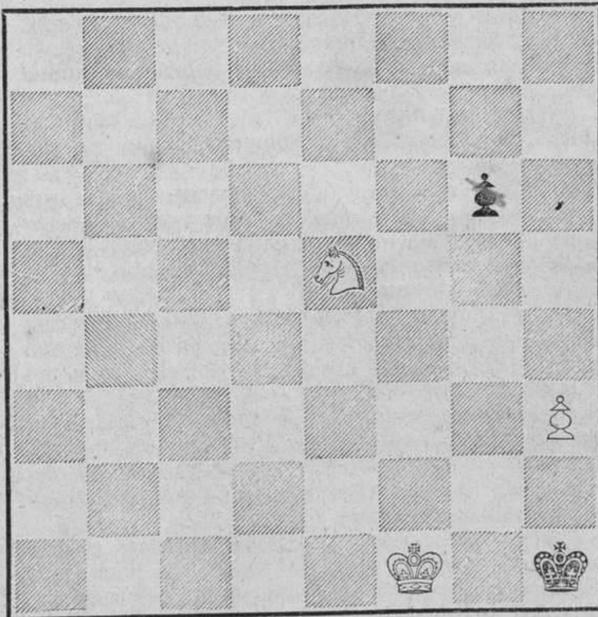
Problemas de ajedrez.

Solucion del numero 101.

- 1 T 6ª C P come T
- 2 P del A un paso P del C un paso
- 3 R 5ª A P del C un paso
- 4 P come P jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 102, POR M. DORVILLE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipog. de J. Best, calle St-Maur-St-Germain, 15.



Incendio de la iglesia de la Compañía en Santiago de Chile. — Transporte de los restos de las víctimas. — (Véase el número anterior.)

próximo, le presentó sus hijos para que los bendijese, y no se ocupó ya sino de proporcionarle todos los consuelos de la religión. Poco después, el duque quitó de su dedo el anillo que le servía de sello, lo entregó a su desconsolada esposa, y exhaló el último suspiro.

Nadie ha juzgado mejor a ese infortunado príncipe que su propio padre en una carta que escribió al tener noticia de su muerte: sus juveniles extravíos no habían logrado alterar su corazón excelente y leal, y su muerte reveló en él una generosidad en perdonar, que la historia le tendrá en cuenta.

Viuda por un asesinato análogo al que le había dejado huérfana, la duquesa, como regente durante la menor edad de su hijo, se sobrepuso a su dolor para dedicarse por entero a los negocios públicos. Desde luego despidió al ministro Ward, inglés muy impopular que se había captado la confianza del príncipe difunto, y eligió un ministerio moderado y conciliador, presidido por el marqués Pallavicini. Al propio tiempo dió el ejemplo de la economía en la Hacienda, reduciendo todos los gastos de la corte.

Aunque este pequeño Estado no constaba de un millón de almas, la princesa lo quiso trocar en un Estado modelo, y lo consiguió, en cuanto se lo permitieron las dificultades del tiempo. Los gobiernos de Inglaterra y Francia, a pesar de las divergencias que los separaban de la familia de Borbon, hicieron justicia a sus altas cualidades en diferentes circunstancias.

D. B.



La duquesa de Parma.

Accidente en el ferro-carril del Norte

CERCA DE ARRAS (FRANCIA).

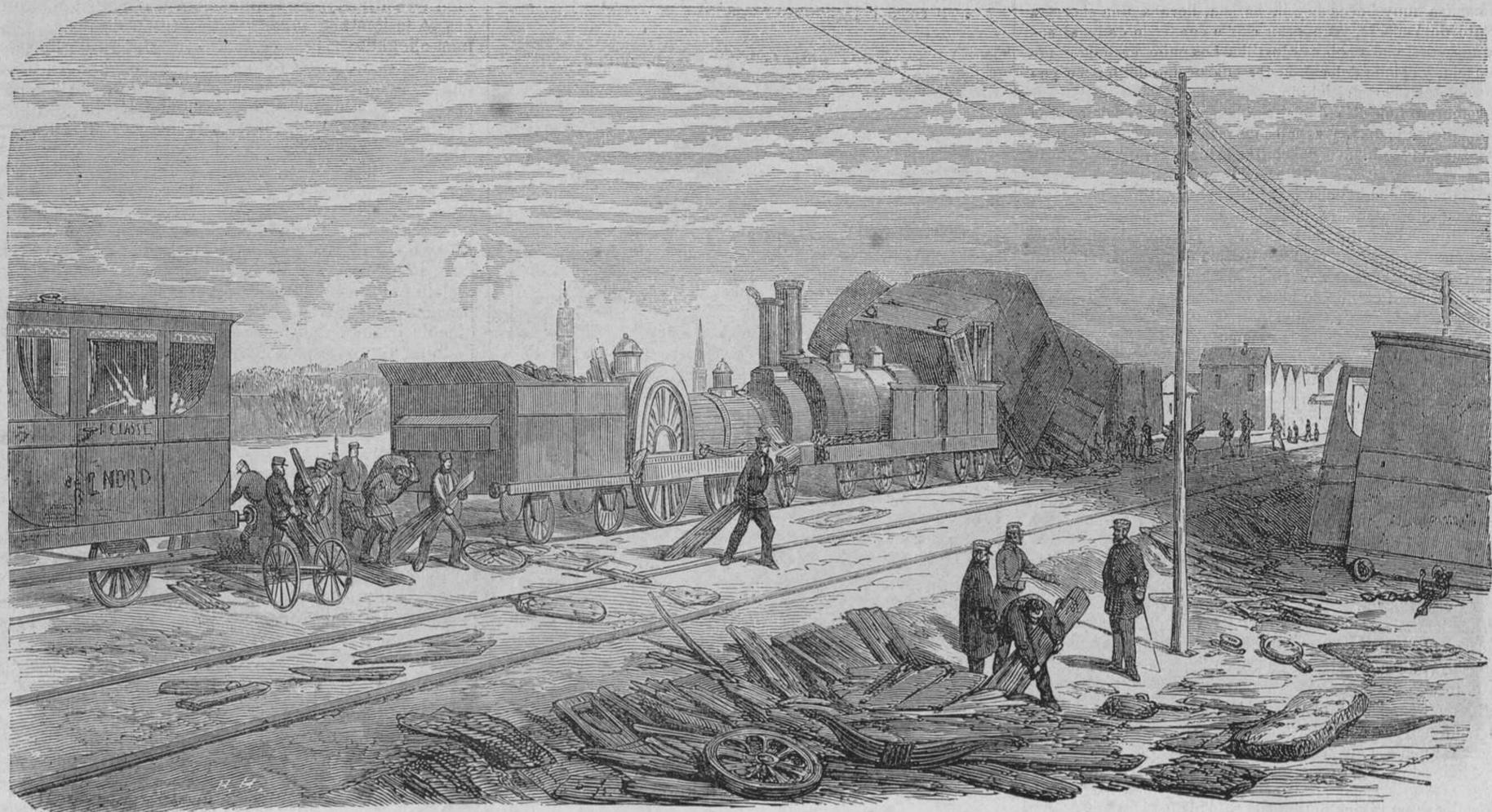
Damos un dibujo que representa el accidente ocurrido el 7 de este mes en la línea del Norte, cerca de la estación de Arras. Un tren express, que por fortuna no llevaba mucha velocidad, tropezó con un tren de mercancías. Resultado: el conductor del tren muerto en el acto; el maquinista gravemente herido, tres empleados de correos contusionados y dos viajeros heridos. Las consecuencias del choque de estos dos trenes habrían sido terribles, si el express hubiese marchado con toda su fuerza.

El accidente ha sido causado por un error de maniobra, que llevó sobre la vía de la derecha al tren de mercancías que debió tomar la de la izquierda.

En estos últimos meses las desgracias en los ferro-carriles de Francia se repiten con una frecuencia que debe llamar la atención de las compañías.

La mayor parte de ellas reconocen pues por causa imprudencias, descuidos y equivocaciones de maniobras por parte de los empleados. Bueno será que se tomen las precauciones oportunas para que el público se tranquilice, y los viajeros no piensen en hacer testamento antes de subir a los wagones.

P. P.



Choque de dos trenes en el ferro-carril del Norte cerca de Arras.